



SS

**SERVICIO
SECRETO**

CHARLES MITCHELL
**UN CADAVER
A MEDIDA**

se

Un camionero, en un parada de carretera es abordado por una mujer. A partir de ahí, el apellidado Kane se ve mezclado en una turbia historia donde lo secuestran, golpean y su compañero de viaje, que en teoría quedó a la espera, borracho, en una población anterior, aparece muerto en el compartimento de carga. El personaje comenzará una huida de la policía para demostrar su inocencia y descubrir el motivo de todo lo que acontece.



Charles Mitchell

Un cadáver a medida

Bolsilibros: Servicio Secreto - 221

ePub r1.0

jala y xico_weno 08.07.17

Título original: *Un cadáver a medida*

Charles Mitchell, 1954

Portada: Jaime Provensal

Editores digitales: jala y xico_weno

ePub base r1.2





Charles Mitchell

Un cadáver a medida

1ª EDICIÓN
OCTUBRE 1954

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

Todos los personajes y entidades privados que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

*¿Cuánto podrá durar para nosotros el disfrute del oro, la
posesión del jade?*

*Cien años cuanto más; éste es el término de la esperanza
máxima.*

Vivir y morir luego; he aquí la sola seguridad del hombre^[1].

**Um
CADAVER
a
MEDIDA**



CAPÍTULO PRIMERO

La cinta blanca de la carretera serpenteaba a los ojos de Ben Kane, igual que una larga culebra. Le escocían los párpados, y sin soltar el volante se los restregó con los nudillos de su izquierda. Luego retrepóse en el asiento, desistiendo al fin de hallar una postura cómoda.

El trepidar del motor del viejo camión «Federal» forzóle nuevamente a pensar en Harry. Harry Flynn también, cuando más se emborrachaba, solía roncar igual que un motor...

Apretó el acelerador con rabia, como si en su cuerpo albergase toda la fuerza que hacían deslizarse sobre la carretera las veinte toneladas de carga, incluido vehículo.

¡Al diablo Harry Flynn y sus malditas borracheras! Entre otras razones, ahora iba más ancho en la cabina, lo cual ya constituía una ventaja. Y otra vez la serpiente dibujada en el centro de la carretera, a través del cristal del parabrisas, distrajo su atención, compartida a medias con una rubia de Treton cuyo nombre no recordaba y que entre otras virtudes —según su concepto de la virtud— bebía alcohol metílico y tiraba a los bolos con la mano izquierda.

Soltó el volante aprovechando una recta y moderando la marcha, extrajo del bolsillo superior de su americana un paquete de cigarrillos, encendiendo seguidamente uno. El humo aspirado mitigó en algo su mal humor.

Odiaba, entre otras muchas cosas, la carretera. Cuando en Panmujón, vistiendo el uniforme de paño, marca U. S., conducía por malditos caminos llenos de hoyos con pastoso lodo, añoraba la suavidad de las autopistas federales, lisas e iguales, como las baldosas de un salón de baile. Ahora las carreteras de la Unión le

resultaban venas marrones, monótonas y tristes, que surgieran como reptiles para ir a parar al mismo infierno. Merecidamente, la vida de un chófer de camiones no era digna de mejor suerte.

Al cabo de rodar tres millas más por la Pennsylvania Turnpike, divisó, como de costumbre, el parador del cruce de Valley Forge. En año y medio de «hacer la línea». Philadelphia-Pittsburgh, era aquí donde el coche repostaba de gasolina, a un tiempo que Harry y él lo hacían de salchichas.

Frenó ante el surtidor de combustible, a treinta metros del iluminado parador. Un chico pecoso con un uniforme rayado azul y blanco acercándose al camión, levantó el brazo lánguidamente, saludando al estilo indio.

Benjamín Kane asomó la cabeza por la ventanilla.

—Como siempre, Spanky —dijo.

El aludido, sin dejar de rascarse, hizo un movimiento con la cabeza señalando la cabina.

—¿No viene Harry...?

Kane puso el mismo gesto que si chupara un limón.

—Me da náuseas el hedor a *whisky* —apuró, en una absorción prolongada la punta del pitillo, exhalando el humo a través de los colmillos—. Tuve que dejarle en Philadelphia, con la cabeza metida en una alcantarilla.

—¡Ya! —El pecoso sepultó el dedo hasta su segunda falange, en un agujero de la nariz—. Si se enteran en la Compañía puede costarle un disgusto.

El chófer tiró rabiosamente la colilla contra el suelo.

—¡Me importa una higa que se entere quien sea! —bramó—. ¡Allá él si se quiere beber hasta el agua de colonia! Es mi mecánico y no mi mamá política.

El del surtidor hizo un movimiento de hombros, limpiándose el dedo en la pechera de la camisa. Concluyó su labor hablando del tiempo.

Cuando el depósito estuvo lleno, Kane arrancó para estacionar el camión a uno de los lados del parador. El muchacho de la gasolinera, ocupado en extraer con la uña un grano de uva, insertado en una caries, le despidió con un movimiento de cabeza.

Kane apeóse del vehículo, y puesto, en jarras, arqueó la espalda buscando el acomodo normal a sus riñones, bostezando

perezosamente hasta hacer lagrimear sus ojos. El aire fresco de las montañas Alleghany, bajando desde sus crestas de tres mil metros, erizaba las copas de los pinos a ambos lados de la carretera. Ben cruzó en dos pasos por encima de un parterre de hierba, buscando resguardo en el establecimiento al borde del camino.

Al entrar, el olor a mantequilla hizo que contrajera la nariz con desagrado. Bajó el cuello de su pelliza, mostrando los rasgos de un rostro duro y curtido, alargado merced a una mandíbula cuadrada. Labios finos y prolongados, dibujando una rara mueca que igual podía valer para reírse que para manifestar asco. La nariz separaba dos ojos grises y metálicos, dentro de unas cuencas notablemente profundas. Cejas y pelo eran negros y rizosos. Pese a su estatura normal, Benjamín Kane era uno de esos tipos que nunca pasan inadvertidos a ojos de una mujer.

Paseó la vista por el reducido bar, sin mover para nada su corto y fibroso cuello. Kane conocía de sobra esta garita, alargada y estrecha, como si al construirla sólo se hubiera tenido en cuenta el espacio que había de ocupar el mostrador. Dos sujetos con chaquetillas de cuero e inconfundible aspecto de conductores comían algo, sentados a horcajadas sobre altos taburetes.

Kane tomó asiento al otro extremo de la barra. El único hombre que servía el establecimiento se situó frente a él.

—¿Qué va a tomar?

El chófer levantó la vista, frunciendo las cejas interrogativamente.

—¿Ya no está aquí Hubert...? —preguntó.

El barman, un tipo larguirucho, con el pelo planchado atrás y facha de bailarín de revista, meneó la cabeza.

—Ya no está. Ahora estoy yo —hizo una especie de ventosa con la lengua para chuparse los carrillos—. ¿Qué va a tomar?

—Salchichas y café, café y salchichas... de todas formas si sabe otra minuta me la trae —dijo con indiferencia.

El sucesor de Hubert, después de mirar con gesto inexpresivo la cara del chófer, volvió la espalda dirigiéndose hacia la parrilla.

Al otro extremo del mostrador, uno de los comensales se levantó poniendo en marcha el tocadiscos. La música ululante de «Luna en Hawái» sonaba como si el local fuera una inmensa caja de zapatos. Al cabo de un rato, el larguirucho puso delante de Kane una taza de

humeante café y un plato con dos salchichas. Luego quedóse recostado en el mostrador como si esperara algo.

Kane dibujó un movimiento raro con los pómulos.

—Puede marcharse tranquilo; le aseguro que no se me olvidará remover el café. El barman escupió una uña.

—No. Son las salchichas. Le sabrán a gasolina. Quisiera saber por qué a ustedes siempre les saben las salchichas a gasolina.

Kane masticó indolentemente durante un rato; después, mirándole fijamente a los ojos, silabeó:

—Me gustaba más Hubert. Hubert era simpático.

Los diez centavos de música del tocadiscos habían concluido. Fuera se oyó la puesta en marcha de un vehículo. Los dos comensales del fondo ya no estaban en el local.

Al otro lado del mostrador el zanquilargo seguía impasible, contemplando a Kane con ligera sorna.

—No le gusta la carretera, ¿eh? —Con la palma de la mano se frotó la barbilla—. A mí tampoco me gusta esto, pero hay que conformarse. Quizá ninguno de los dos valgamos para otra cosa.

Ben se empinó un poco sobre el taburete y alargando el brazo, atrajo hacia sí al barman, cogido por las solapas. El otro no hizo el menor esfuerzo por evitarlo y casi juntó su cara con la del chófer. Su diestra aferraba fuertemente un cuchillo de punta roma, de los empleados en la cocina y sonreía provocativamente. Kane mantuvo el puño en el aire con la cara congestionada, maldiciendo interiormente tan ridícula situación.

—El que quede vivo de los dos que me sirva un café bien cargado.

La voz que sonó a espaldas de Kane tenía un inconfundible timbre femenino. Vino a aplacar la situación, con más eficacia que un cubo de agua sobre una cerilla. El larguirucho susurró a su opresor:

—Bueno, compañero, si quiere tenerme así toda la noche, tendrá que pagarme un sueldo.

Kane le soltó de buen grado, aunque no hizo la menor intención de volver la cabeza. La mujer entró en su foco visual, tomando asiento en el taburete de al lado.

—Vamos, no lo piense más; se le va a enfriar el café.

Giró la banqueta hasta encuadrarla de frente. Para Benjamín

Kane, éste hubiera sido un buen encuentro cualquier otro día de la semana.

La joven era esbelta y arrogante. A través del abrigo de corte deportivo, su cuerpo erguido hacía resaltar sus perfectas formas. Una graciosa boina ladeada dejaba asomar el pelo rubio y ensortijado. Sus labios, de un rojo subido, se entreabrían para mostrar una hilera de dientes pequeños y blancos, en una sonrisa, que hubiera podido ser tímida. Miró fijamente a Kane con sus ojos azul cobalto, profundos como las aguas de un lago.

—Gracias por su intervención. —El chófer no parecía impresionado.

—De nada. —La voz de ella era suave y matizada—. ¿Sobre qué hora espera llegar a Pittsburgh mañana?

Kane habló entre dientes, contemplando los posos de la taza.

—Si se refiere a eso que llaman «*auto-stop*», ha elegido usted un mal día, hermana. Yo no la llevo.

La voz de Benjamín Kane era terminante. La chica debió comprenderlo así, porque depositando sobre el mostrador la taza manchada de carmín, puso una cara profundamente contrariada. Bajó del taburete, y posando ambas manos sobre los hombros del conductor, suplicó con voz mimosa:

—Debe dejarme ir. ¿De veras no le gusta viajar con buena compañía?

Kane sacudióse de encima las manos de ella sin ninguna delicadeza, en tanto que el barman reía alborozadamente, enseñando unos dientes de caballo.

—Lo siento; mi camión no es el único que va a Pittsburgh. Cuestión de paciencia... y de cafés.

La joven de ojos azules insistió:

—Es de madrugada. A estas horas casi no hay tráfico, y no tengo ganas de helarme ahí fuera, haciendo señales con el dedo.

El larguirucho intervino con voz cantarina:

—Ande, hombre, llévela... ¡A Hubert le hubiera gustado!

—¡Voy a romperte las narices, imbécil!...

Se interpuso la muchacha, apoyando de espaldas ambos codos sobre el mostrador. Su busto resaltaba desafiante bajo el ceñido abrigo.

—Está bien, amigo. Ya veo que no le marchan a su glasto las

cosas. Hasta pronto —se encaminó hacia la puerta, volviéndose de repente para añadir en voz alta—: De todas formas le deseo un buen viaje, «simpático»...

Ben hizo una mueca indiferente, aplastando contra el plato los restos de su cigarrillo, y la chica, tras de ajustarse su diminuta boina, salió al exterior.

El barman limpiaba un vaso de cristal mirando a Kane de forma reprobatoria. Éste sacó del bolsillo un rollo de billetes sujetos por una goma, y desprendiendo dos, los arrojó sobre el mostrador.

—Sobran treinta centavos —dijo Kane.

Dejando pausadamente paño y vaso encima del mostrador, el alto se encaminó sin prisas hacia la caja, luego depositó las tres monedas ante el conductor, cogiendo seguidamente los billetes. Todos sus movimientos eran enervantemente lentos.

Ben hizo sonar la calderilla enseñando los colmillos.

—A Hubert siempre se los daba de propina. El larguirucho sonrió despectivamente.

—Sí. Ya me dijeron que Hubert se retiró comprándose una granja.

Kane le volvió la espalda, tirando los treinta centavos a la escupidera. Atravesó nuevamente el parterre de hierba cultivada, con dirección al estacionado camión.

La inmensa mole del «Federal» era visible a varios metros de distancia pese a la oscuridad de la noche. Se distinguía el ostentoso letrero pintado en uno de los lados del vehículo, con la reseña comercial de

«Roussell & Company»

y el chófer, inconscientemente, frunció el entrecejo.

Al encaramarse en el estribo, para abrir la portezuela de la cabina, una voz conocida salió de dentro:

—Vamos, ya era hora. Estaba empezando a quedarme helada.

La rubia de la boina, sentada al lado contrario del volante con el bolso sobre las rodillas le esperaba tranquilamente. Ben habló como si fuera un ventrílocuo.

—Baje.

—Lo siento, pero tendrá que obligarme a hacerlo.

—La voz de ella confirmaba semejante propósito.

El chófer empezó a perder la paciencia.

—¿Quiere explicarme por qué diablos no asalta otro camión cualquiera...?

—Quiero ir con usted, precisamente porque usted no quiere —chasqueó la lengua con fastidio—. A ver si me entiende. Si usted me lo hubiera propuesto, le hubiese dicho que no. Por si usted lo ignora, le diré que soy una chica bastante mona...

Por toda respuesta, el conductor se introdujo en la cabina, y cerró de golpe la portezuela. Hizo funcionar la puesta en marcha.

—Tendrá que apearse a la altura de Somerset; allí puede empalmar con cualquier línea que la lleve hasta su destino.

La chica suspiró resignada.

—Bueno; menos es nada... —Dejó transcurrir unos instantes; luego añadió—: Hubiera tenido que pasar la noche aquí. El tipo ese del parador es odioso...

Rodaban ya por la carretera. Kane pulsó el interruptor de la calefacción, y una agradable sensación de calor les subió por los pies. El motor zumbaba con su monotonía característica.

—¡Esto es vida!... —Se volvió hacia él, inquisitiva—. ¡Eh, oiga... no me ha dicho cómo se llama!...

El requerido miraba la cinta de la carretera. Contestó, con el tono que se emplea para hablar al recaudador y el Fisco:

—Benjamín Kane. Ben, Ben Kane. Soy de Attala, Mississippi. Tengo treinta y un años y mi punto flaco sin las morenas con el pelo largo.

—¡Estupendo! Es toda una filiación. Ahora querrá saber la mía, supongo...

—No tengo el menor interés.

—De acuerdo. Me llamo Elizabeth, vivo en Londres, y mi padre es un tal Jorge VI. —Se desabrochó el abrigo, echándoselo sobre los hombros—. ¡Uf, qué calor!

—Lucía un jersey estudiadamente entallado. Kane no pudo evitar el mirar de reojo. —Vamos. Hábleme de sus niños; es un tema de conversación que me enternece.

Él volvió la cabeza en dirección a la muchacha y no para mirarle a la cara precisamente.

—Soy soltero.

La joven puso un gesto cómicamente sorprendido. Se inclinó hacia él, rozando con su cuerpo el brazo derecho del conductor,

extendido sobre el volante.

—¡Vaya! Entonces ¿a qué obedece su mal genio? El chófer sonrió levemente.

—Motivos del trabajo. —Hizo una pausa, agregando entre dientes—: El mecánico se emborrachó como de costumbre, y tuve que dejarle tirado en Philadelphia. Eso para los «muerde-puros» de «Roussell & Co.», tiene más importancia de la que usted se imagina.

—Golpeó con el puño ladeado el volante. —¡Estoy de rosquilla de esta hasta el cogote!

La joven, al inclinarse más hacia Kane, dejó deslizarse por completo el abrigo de sus hombros. Ben empezó a olvidarse instantáneamente de su mal humor. Soltó del volante su mano derecha, deslizándola alrededor de la cintura de la muchacha.

—Va usted muy deprisa, Kane —observó ella, con sorna.

—Sesenta y cinco millas por hora.

Su pie fue ejerciendo paulatinamente menos presión sobre el acelerador, perdiendo el vehículo velocidad. Los ojos de Kane tenían un brillo malicioso. Continuó con el brazo en torno a la cintura de la joven, sin que esta hiciera el menor esfuerzo por desasirse. Con un leve movimiento, apretó a la muchacha contra su cuerpo. Soltó la otra mano del volante, rodeando con ambos brazos el torso de ella, para besarla con fuerza en la boca. El camión se deslizaba solo. Los dos se contemplaron en silencio, de muy distinta forma.

Kane sonreía, acentuando su mueca burlona; ella, respirando con dificultad y en el rostro un gesto de expresiva irritación, sujetó firmemente el bolso entre sus manos. No obstante, transcurridos unos segundos, su cara fue perdiendo dureza hasta acabar en un asombrado gesto.

—¡Uf! Me gustaría saber cómo se comporta cuando está de buen humor —dijo.

Kane puso un codo en el volante y apoyando la cabeza en la mano le dedicó una sonrisa burlona. Luego, con desgana, presionó nuevamente el acelerador. El motor roncó con pereza, haciendo avanzar el vehículo como un pesado moscardón.

Se cruzaron con un par de coches. Seguidamente la asfaltada pista continuó frente a ellos, silenciosa y oscura. En la cabina,

hombre y mujer se habrían sorprendido de poder adivinarse los pensamientos.

Kane rompió el silencio:

—Acércate. Puedo conducir con una sola mano.

La joven, dócilmente, vino a su lado, asiéndola él otra vez por la cintura.

A lo lejos, apareció un punto luminoso sobre la carretera. Kane contempló de reojo a su compañera, atareada en hurgar en el interior de su bolso y luego concentró de nuevo su atención en lo que parecía ser un farol oscilando en medio del camino. Sin mirarla, dijo con sorna:

—No te irás a pintar ahora, ¿verdad, princesa...? La respuesta de ella fue un tanto extraña.

—Desde luego que no, ¡ricura!

Benjamín Kane volvió la cabeza, para apreciar con toda claridad cómo la joven, con un revólver en la mano, le apuntaba directamente al estómago.

—¡Se acabó la fiesta, encanto! Al llegar a la altura de la luz, pare o le meto una bala en la barriga.

CAPÍTULO II

La mueca de Kane era ahora una breve sonrisa crispada, acentuando sus angulosos pómulos la tirantez de la piel.

La voz de ella sonaba desprovista de matices al añadir autoritariamente:

—No intente ninguna treta. Me sobra tiempo para apretar el gatillo por lo menos un par de veces, si hace intención de pisar el acelerador...

Ben apretó el volante entre las manos, dibujándose claramente las venas hinchadas de su dorso. Su mirada era vidriosa e inexpresiva como la de un muerto. De su garganta comenzó a salir una especie de murmullo, que se fue agrandando hasta convertirse en una prolongada carcajada, áspera y hueca como el graznar de un cuervo.

La joven le contemplaba en silencio, sin dejar de apuntarle oprimiendo el revólver con significativa decisión.

—¡Ahora, frene!

Habían llegado al lugar donde un individuo, embutido en un abrigo oscuro con las solapas levantadas, y un sombrero echado sobre los ojos, oscilaba en alto, con su mano izquierda, un farol de montaña.

Benjamín Kane paró frente a él, quedando el radiador del camión a menos de medio metro de la cara del hombre. Éste sacó del bolsillo del abrigo su mano derecha, mostrando, a la luz amarillenta, un empavonado revólver con el que apuntó en dirección al volante.

De ambos lados de la carretera surgieron hasta tres figuras más, que rodearon el camión con silenciosa precisión.

Kane todavía murmuraba su extraña risa a través de los dientes

apretados, cuando uno de los asaltantes abrió la portezuela por su lado, y le empujó fuera del volante con el cañón de una pistola, quedando el chófer emparedado entre las dos armas.

El recién llegado comentó, con voz pastosa:

—Muy bien, amigo; es mejor que lo tome a risa.

Luego se hizo con el volante y poniendo el camión en marcha, viró a la derecha de la carretera internando el vehículo por una especie de sendero, hasta quedar oculto entre los árboles. Pararon, apagando seguidamente los focos.

El hombre hizo una seña a Kane con el revólver, ordenándole secamente que bajara.

Éste se volvió hacia la joven, inclinando ceremoniosamente la cabeza.

—Las señoras primero.

El otro, de pie en el estribo, introdujo medio cuerpo en la cabina y estirando el brazo en un movimiento brusco, clavó el cañón del arma en los riñones del chófer.

Kane ahogó un gruñido de dolor, en tanto que su rostro se tornaba pálido. Apeóse lentamente, enseñando los dientes como un lobo, y pronto los cuatro hombres formaron media luna a su alrededor, contemplándole con fría indiferencia.

El que hiciera las señales en la carretera, todavía con el farol en la mano, se adelantó hacia él. Era de baja estatura, con la cabeza redonda y sonrosada como una manzana, sobresaliendo dos orejas grandes en forma de asas de cacerola. Miraba a Kane a través de unos gruesos lentes montados al aire con dos ojos pequeños y miopes llenos de maldad. Levantó la luz a la altura del pecho del conductor para hablarle, moviendo apenas unos labios finos y blancos, como si su boca fuera producto de un corte recto de bisturí.

—No tendrá que temer por su integridad si se está quieto y hace lo que le dicen.

Su voz era cantarina como la de un asiático. Kane miró por encima de él, distinguiendo en la penumbra la silueta de otro vehículo con características análogas al suyo. Dio media vuelta displicentemente, yendo a sentarse en el estribo de éste.

—Mal negocio esto de desvalijar camiones —dijo despectivamente—. Hay que trabajar demasiado, y ustedes son

muchos a repartir.

—No se preocupe. Nos llevamos muy bien. —Hablaba con acento regocijado—. En cuanto a eso del trabajo, usted es tan atento que nos va a echar una mano.

Kane saltó de su improvisado asiento para encararse con el de los lentes, empleando un tono áspero:

—¡Y un cuerno! Si quieren vaciar el camión lo descargan ustedes solitos... —Dirigió su mirada a la chica, que, varios pasos más atrás le observaba fijamente—. Puede ayudarles ese angelito. De paso les amenizará la tarea contándoles cómo a su madre le dio por amamantar gusanos...

El que condujera el camión vino hasta él arrastrando los pies. Tenía la cara afilada y huesuda, teñida de un color ictérico. Las mejillas hundidas, y sus ojos viciosos y enfebrecidos, pregonaban en él una especie de anemia perniciosa.

—¡Cerdo...! —barbotó mirando con desprecio a Kane, al tiempo que le cruzaba la cara de una bofetada.

El chofer dio dos pasos atrás, y al recobrar el equilibrio avanzó con dirección al agresor; más antes de alcanzarlo, alguien le puso la zancadilla, cayendo aparatosamente al suelo. Allí, dos hombres se ensañaron con él, golpeándole brutalmente.

—¡Ya está bien, déjenle en paz...!

La muchacha intervino con acento colérico, cortando la rociada de golpes. Kane, tirado en el suelo, con la cara sangrando y contraída por el dolor, la miraba con incontenible odio.

El de las gafas, al lado de un hombre que no había intervenido para nada en el apaleamiento, dirigióse al de rostro ictérico para decirle con voz que denotaba mando:

—Atadle a un árbol hasta que acabemos. —Luego habló al que estaba junto a él—: Y tú, ayuda también.

—Yo no; yo me quedo aquí.

Su vos era fina y afeminada como la de una niña de quince años.

El bilioso que golpeara a Kane se plantó ante el que había hablado, increpándole con tono alterado a dos centímetros de la cara:

—¡Tú ayudas como el primero, mujerzuela...!

Éste, buscando amparo detrás del hombre de las gafas, asomó la cabeza para protestar con voz llorosa:

—¡Yo no descargo nada! ¡Se lo diré a Hoaggy...!

El de los lentes, volviéndose hacia él, le dio un revés en la boca cortándole en seco la frase. El joven, en principio, ante lo inesperado del golpe, permaneció unos segundos contemplando con asombro al que le golpeará; luego, al llevarse la mano temblorosa a la boca y retirarla manchada de sangre, prorrumpió en sollozos histéricos, y con una carrera de pasos menudos, fue a colocarse tras un grupo de árboles.

El hombre de la piel amarillenta le lanzó un salivazo al pasar, diciendo después con incontinida repugnancia:

—¡Un día, aplastaré la cabeza a esa porquería, aunque luego tenga que...!

Dejó incompleta la frase, al advertir la figura de Kane arrodillada en el suelo. El de las gafas, dirigiéndose al hombre de aspecto enfermizo, le reconvino:

—¡Déjale tranquilo! ¡Ése es terreno vedado para ti, si es que tienes interés en no buscarte un disgusto...! —Varió de tono para añadir—: Vamos, hay que descargar esto pronto.

El maltratado chófer, sentado en el suelo, soltó una risita ahogada a través de las ensangrentadas comisuras de sus labios, lanzada directamente a la cara del tísico, el cual avanzaba hacia él interrogándole con una mirada malévola. Kane movió la cabeza indicando la dirección por donde desapareciera el sollozante muchacho.

—Usted tampoco tiene mucho que echarle en cara a ese...

El increpado lanzó un punterazo que fue a dar de lleno en el costado de Kane. Un mugido de dolor y rabia brotó de su boca. Levantóse tambaleante del suelo al tiempo que el de las gafas intervenía oportunamente para impedir que el otro realizara su intento de golpearle el cráneo con la culata de su pistola.

Kane, temblando de impotencia rabiosa, con los brazos tensos a ambos lados del cuerpo, y el busto inclinado hacia delante, bramó roncamente al hombrecillo:

—¡Diga a ese matón que se esté quieto o lo mataré! ¡Aunque antes me meta diez balas en el cuerpo! ¡Lo mataré...!

El otro pistolero, que tenía cara de raposa, miraba de reojo, complacido, sin dejar de voltear expertamente su revólver. El agresor acariciaba su arma contemplando al chofer con mirada

asesina, en tanto que éste jadeaba como un jabalí herido, rebozado en sangre y polvo.

Intervino la mujer, situándose frente al conductor para apostrofarle airadamente:

—¡Es usted un estúpido cabezota provocando a los demás; parece que disfrute consiguiendo que lo maltraten...!

Ben enfocó sus ojos sobre la muchacha, cegados por el odio y la ira, y dio suelta a su rabia apartándola de un manotazo.

—¡Quítese de en medio, víbora!

La rubia, con un ligero traspié, trató de mantener su equilibrio.

Kane sintió un bárbaro choque en la cabeza, y dobló las rodillas. Luego, brazos y piernas comenzaron a golpearle salvajemente, sin que esta vez interviniera nadie para protegerle. A través de una espesa neblina, pudo divisar por última vez al hombre de las gafas, de pie, junto al farol; y el rostro de la mujer, contraído en un extraño gesto de miedo y repugnancia. Después, todo se fue diluyendo en formas oscuras hasta perder el conocimiento.

* * *

Cuando Kane abrió los ojos, tardó todavía un rato en precisar su situación. Alguien musitó, solícitamente, a su lado:

—¿Cómo se encuentra, amigo?

Intentó concentrar su atención en la figura borrosa que se inclinaba junto a él, hasta que sus pupilas alcanzaron la nitidez precisa. Se hallaba sobre un blando lecho, dentro de una habitación modestamente decorada. A través de una ventana, adornada con pequeños tiestos, se veían las ramas verdes de un árbol. Del exterior provenían ruidos y graznidos, fácilmente identificables como de animales de granja.

—¿Puede oírme? —La figura que estaba a su lado volvió a preguntar.

Ben Kane asintió con la cabeza, cerrando fatigado los párpados. El cuerpo le pesaba como si sus huesos fueran de plomo.

—Buena cabeza, amigo. En la próxima guerra, puede prescindir del casco.

Ladeó el cuello hacia la derecha para precisar, ahora con absoluta claridad, las figuras de tres hombres contemplándole con

ostensible curiosidad. Uno de ellos, bajo y nervioso, con abundante cabellera blanca, se inclinó sobre él, tomándole el pulso. Seguidamente, volviéndose a los otros dos, hizo un leve gesto afirmativo.

—¿Quiénes son ustedes? —Las palabras de Kane fluyeron como un murmullo perezoso. Habló un individuo rechoncho, de abultado estómago, cubierto con un abrigo marrón, tipo «ranglan», que le venía algo estrecho. Tenía unos ojos inquietos y redondos, que al girar en sus órbitas parecían pequeñas pelotas que rebotaran en su cara, plana como un frontón. De su sombrero verde a lo tirolés, sobresalía una pequeña pluma de colores. Al hablar, movía los labios hacia afuera como si chupara un caramelo.

—Soy el sargento Howen, de la policía local. —Señaló con un movimiento de cabeza al más alto de los tres—... Teniente Dudley, del mismo departamento.

Kane articuló un «hola» desprovisto de color, incorporándose en la cama sobre un codo. El sargento Howen prosiguió:

—Le encontraron los dueños de esta granja tumbado junto al camión, en un claro, al lado del camino que conduce hasta aquí. Luego, avisaron a la policía. Se ha tirado usted más de seis horas durmiendo.

El que presentaran como teniente Dudley, miró inquisitivamente a Kane, cruzándose de brazos. Tenía el cuerpo uniformemente largo y ancho, como una caja de tirantes. Su cabeza era redonda y pequeña, con el pelo gris cortado estilo Kaiser, orejas en punta, ojos grises de gato y la boca pequeña y dura de buen predicador.

Ben pasóse la mano por la cabeza, notando, al tacto, varios esparadrapos.

—No tengo mucho que contarles —dijo—. En Valley Forge cogí a una chica... —Rechinó los dientes mostrando un gesto áspero—. Al llegar a la altura donde encontraron el camión, alguien desde la carretera hizo una señal. Ella me obligó a parar, amenazándome con una pistola. Luego la emprendieron conmigo a palos...

—¿Cuántos eran? —preguntó el sargento.

—Cuatro hombres y la mujer —hizo una pausa, y añadió—: Había oído hablar de eso que hacen ahora de desvalijar camiones, pero nunca por esta zona tan transitada. Jamás me imaginé que podía ocurrirme a mí.

—¿Por qué sabe usted que le han desvalijado el camión? —inquirió el teniente Dudley.

—Porque ellos hablaron de descargar el camión. Es más, pretendieron que yo les echara una mano. De ahí vino todo.

—Y... ¿por qué se negó a ayudarles?

Ben dio un salto y sentándose sobre la cama, miró ceñudamente a Dudley.

—El teniente no lo pregunta con mala intención, amigo...

—Kane. Benjamín Kane. No me diga que no lo saben; han tenido seis horas para registrarme la cartera —rezongó de mal humor.

El sargento Howen, tomó asiento a su lado.

—Vamos, muchacho, debe ser comprensivo. Ayudándonos a nosotros Se ayuda usted a sí mismo.

El teniente Dudley, pacientemente, insistió en la pregunta de antes, como si el resto de la declaración no le importara.

—¿Por qué se opuso usted a que descargaran el camión?

Kane, con los ojos echando centellas, brincó de la cama enfrentándose con el teniente.

—¡No me gusta usted, ni su forma de decir las cosas!

A Dudley le brillaron los ojos, como si detrás de los globos oculares, tuviera dos bombillas de linterna.

—Siéntese, Kane —ordenó, con voz tranquila.

El aludido, enderezando el cuerpo con firmeza, gritó colérico:

—¡Me sentaré o estaré de pie si me da la gana!

El puño de Dudley salió disparado, golpeando la barbilla del chofer. Éste cayó de espaldas, rebotando en la cama como un boxeador en las cuerdas para ponerse en pie de un salto, lanzando un directo al estómago del teniente. El golpe no fue muy fuerte, pero Dudley dio un traspíe con la cara congestionada por la ira, instante que aprovecharon Howen y el hombre del pelo blanco que hurgaba en un maletín repleto de instrumental, para interponerse entre los dos hombres.

El sargento, zarandeando a Kane por los hombros, le reconvino ásperamente:

—¡Vamos, Kane, no haga usted caso de las películas! A un teniente de la policía no se le puede tratar de ese modo...

—¡Pues que no me hable así, como si yo tuviera la mercancía escondida en un hoyo! —chilló el conductor.

Dudley apartó suavemente de en medio al que parecía doctor mirando a Kane como si fuera a devorarlo.

—¡Escúcheme! —advirtió—. ¡Va usted a contestarme a todo cuanto le pregunte, y por Dios que me responderá bien o...!

—Le advierto que ya he pasado de la edad en que me asustaban los policías. —El chófer hablaba ahora más dueño de sí mismo. Se sentó al borde de la cama, para añadir con indiferencia—: Pregunten lo que quieran.

—Su empresa no les permite llevar improvisados pasajeros. —Dudley hablaba como si masticara las palabras—. ¿Qué dijo su compañero cuando usted decidió transportar a la rubia?

Kane levantó la vista hacia el que estaba de pie.

—Si se refiere usted a Harry, le dejé en Philadelphia, impregnado de *whisky* hasta la suela de los zapatos.

—Pudo usted solicitar otro mecánico de la Compañía antes de salir de Philadelphia —objetó Howen, sentado a su lado.

Kane permaneció pensativo durante unos instantes, luego, con un movimiento afirmativo de cabeza, replicó:

—Sí pude... pero no quise. Le hubiera valido el despido. Soy un estúpido diciendo siempre, que ésta es la última vez que lo hace...

—Alzó la voz para añadir en tono irritado:

—¡Si me alegro de lo ocurrido es por él; ya no habrá más necesidad de andar con tapujos!

—¿Es que piensa usted conservar el empleo? —Dudley le hizo esta observación con aire sarcástico.

Ben encogióse de hombros con un displicente «Me da igual». El teniente continuó sus preguntas.

—¿A qué hora salió de Philadelphia?

—A media noche, exactamente.

—¿Harry iba ya borracho? —inquirió Howen.

—Sí y no. Al llegar a la altura de Green Line, me pidió que parara; según él, se le había olvidado dar un recado telefónico. Al cabo de una hora de espera salté del vehículo, poniéndome a buscarle por todas las tabernas del contorno, sin que en ninguna me dieran razón concreta. Tras largo rato de búsqueda regresé al camión, maldiciendo a todos los diablos, encontrándome a ese cerdo dentro de la cabina con una botella medio vacía en la mano y por lo menos, varias enteras dentro del cuerpo.

—¿Si quería protegerle no dando parte, por qué no le llevó consigo? —preguntó Dudley.

—Ya era más que suficiente con que me decidiera a recogerlo a la vuelta —dijo Kane, con fastidio—. Doscientas noventa y ocho millas, es mucho camino para aguantar al lado un borracho sin sentir deseos de tirarlo por la ventanilla.

—¿A qué hora arribó entonces a Valley Forge?

—Hacia las tres de la madrugada, ya con dos horas de retraso sobre la prevista. —Se pasó la mano por la cabeza—. Allí fue donde recogí a esa... rubia.

—¿Le vio alguien con ella? —prosiguió Dudley.

Kane arrugó el entrecejo, contestando adustamente:

—Sí. El barman del parador y puede que el muchacho de la gasolina.

El teniente guardó silencio, mirando a Kane inquisitivamente. Howen, sentado sobre la cama, se contemplaba las uñas con sus ojos saltarines. El hombre del pelo blanco, con el maletín en su mano derecha, preguntó a Dudley:

—Bueno, teniente, yo creo que aquí ya no pinto nada.

El oficial de policía señaló a Kane con la punta de la nariz.

—¿Se encuentra bien éste? —inquirió.

El del maletín alzó los hombros indiferentemente, hablando al tiempo que bostezaba.

—No sé. Al menos parece tener los huesos en su sitio. Mi especialidad son los muertos, teniente —concluyó, con la más natural de las voces—. Avíseme cuando lo asesinen.

Iba a abandonar la habitación, cuando Dudley le requirió como si se hubiera olvidado algo:

—¡Ah, Vernot...! —habló al doctor con sus ojos metálicos hundidos en Kane—. Diga a los de abajo, que pueden retirar ya el cadáver.

Kane encogió la frente, llenándola de pliegues horizontales.

—¿Qué cadáver?... —preguntó, con extrañeza.

El teniente dejó transcurrir unos segundos antes de contestar, analizando el rostro del chófer con malévola insistencia:

—El de su compañero Harry. Fue hallado en la parte trasera del camión, envuelto en sacos, con la cabeza destrozada.

CAPÍTULO III

Kane tensó sus músculos faciales, balanceándose hacia delante como si acabara de recibir un pelotazo en pleno rostro. Intentó decir algo, fijos sus ojos en Dudley. Al fin musitó un entrecortado: «No... No es posible...».

Luego los cuatro hombres guardaron un espacioso silencio que el llamado Vernot, empuñando el abridor de la puerta, fue el primero en romper.

—Bueno, teniente, hasta luego. Adiós, Howen...

El sargento devolvió el saludo, pendiente más que otra cosa de echarse vaho sobre las uñas.

Kane pareció por fin deshacer el nudo que obstruía su garganta, hablando gangosamente.

—¡No sé qué juego se trae, teniente... no creo nada de lo que me dice...! Harry está durmiendo la, mona a muchas millas de este lugar...

Dudley no hizo intención de ladear una sola fibra de su cuello para negar tranquilo, sin apasionamiento:

—Su compañero Harry ha sido asesinado. Dentro de pocos minutos tendrá ocasión de comprobarlo.

Su tono no admitía lugar a duda. Kane restregóse con mano temblorosa el sudor que abrillantaba su frente. Ambos policías le observaban en silencio; el chófer, desplomado al borde de la cama, hizo por recobrar una entereza que estaba muy lejos de sentir.

—¡Je...! ¡Qué cosas pasan!

Estas pocas palabras, intentaban expresar un despreocupado estado de ánimo que el sargento fingió no advertir, hablando como si lo verdaderamente importante en ese momento, fuera su manicura.

—¡Vamos, Kane; no parece afectarle mucho la muerte de su amigo! Ben contestó con acritud:

—Si no le importa que le manche la corbata, lloraré un poco sobre su regazo.

—Harry no le era simpático, ¿eh?

—No sea ingenuo, Howen, ya soy mayorcito para saber lo que no me conviene decir. Benjamín Kane tenía el rostro pétreo e inexpresivo como un jugador de *póker*, mirando al vacío; como si contemplara algo, más allá de las paredes.

Dudley arrastró una silla y acomodóse frente a él, apoyando ambos codos sobre el respaldo.

—Mala posición la suya, Kane —comentó con pesimismo.

—Todo lo mala que puede ser, la circunstancia de que me desvalijen un camión, y a cambio me dejen un cadáver —contestó el aludido, con fastidio.

Howen dejó al fin sus uñas para dirigirse al chófer, con rutinaria amabilidad policial.

—Todo es cuestión de opiniones, Kane, y en este caso concreto, la suya puede ser la que menos interese.

Ben enseñó los colmillos como el perro al que le quitan un hueso.

—¡Pruébenme que les estoy engañando, anden...!

—Pruébenos que cuanto dice es verdad —replicó Dudley, secamente. Luego añadió, de forma reposada—: Usted discutió con Harry; no nos lo niegue, Kane, hubo quien les vio.

El acusado soltó una carcajada en sus narices, torciendo el cuello hacia atrás.

—¡Vamos, teniente, cambie el disco! ¡Ese procedimiento ya no lo emplean ni los chicos cuando juegan a policías y ladrones!

Los ojos grises de Dudley se inyectaron de pequeñas vetas rojas. El sargento acudió en ayuda de su superior.

—¿A qué hora vio usted por última vez a su compañero? —preguntó.

—Ya se lo he dicho, a la una de la madrugada, aproximadamente.

—¿Y cómo se explica, entonces, que el dictamen forense diga que Harry pudo ser asesinado sobre las doce?

Kane forzó una sonrisa.

—Eso puede tener dos explicaciones —contestó con dulzura—. Que entonces yo hablara con un fantasma... o que hable ahora con un embustero.

Howen le golpeó con la mano abierta en la boca, y antes que Kane mostrara intención de defenderse, ambos hombres caían sobre él, aplastándole la espalda contra la cama y encargándose ahora Dudley de abofetearle a derecha e izquierda.

Le soltaron cuando cesó en sus esfuerzos por liberarse. Cada policía ocupó nuevamente su sitio como si tal cosa, en tanto que Kane se enderezaba para sentarse desmintiendo su aire apacible, los tendones de su cuello tensos como cuerdas de arco, y su cara, dura y congestionada. Consultó con naturalidad:

—¿Qué íbamos diciendo...? Howen se acarició el cogote.

—Lamento estos pequeños incisos, Kane; pero si de vez en cuando no acreditáramos la posición de cada uno, esto acabaría siendo un debate del Senado —declaró consternado.

Kane sonreía forzadamente, luciendo compacta y apretada su dentadura.

—No sé preocupe, sargento; éste es el día del mes que yo empleo para recibir golpes, circunstancia que hasta hoy no había aprovechado nadie. —Añadió, silabeando las palabras—: Le juro que procuraré tenerlo en cuenta.

Dudley le salió al paso, no dándose por aludido.

—Harry tenía esposa —comentó—. ¿Sabe usted qué tal se llevaban? Kane encogióse de hombros, contestando con ironía:

—Sí; pobre Louise. Haga usted la prueba de llegar a casa borracho todos los días, sargento, y comprobará por sí mismo, el placer que eso le proporciona a su mujer.

—Yo soy abstemio, muchacho —farfulló Howen.

Dudley se levantó pesadamente de la silla y dirigióse a Kane.

—De regreso a Philadelphia, tendrá ocasión de demostrar su coartada.

Ben hizo un movimiento de párpados por todo asentimiento, saliendo de la habitación entre los dos policías.

En el piso inferior de la casa, toda la familia de granjeros se agrupaba con curiosidad. Kane dio las gracias al que parecía el principal y tras de tenderle un par de billetes que éste rechazó, desfiló con sus acompañantes.

El camión se hallaba en el claro de un pequeño bosque de pinos, no muy cerca de la casa. Varios hombres se movían de un lado para otro tomando fotografías y revisando todo con minuciosidad.

Alguien, al acercarse el grupo lanzó un «Todo listo, teniente», y Dudley, con un gruñido aprobatorio, en compañía de Kane y el sargento, llegó hasta las abiertas portezuelas de una furgoneta gris del Depósito local. El cuerpo del infortunado Harry había sido ya levantado con arreglo a los formulismos policiales, y ahora se adivinaba dentro del pequeño vehículo, cubierto por una manta.

Dudley retiró la tela, mostrando a los ojos de Kane el desfigurado cadáver.

—Sí... es Harry —murmuró desconcertado, atónito. Tras irnos segundos de observación, volvió la espalda al fúnebre despojo, caminando inseguramente—. Yo he estado en una guerra, pero de todas formas no me divierte la contemplación de un muerto.

Por la mañana una espesa neblina debilitaba los rayos del sol. El ir y venir silencioso de los hombres del Gobierno, se asemejaba al movimiento de hormigas evolucionando pacientemente en torno a un aprovechable desperdicio. El crema chillón del inmenso transporte, rompía un poco el concierto de la escena.

Kane con los dos detectives pasó junto a él, acomodándose en el sedán de Dudley sin necesidad de que éste se lo advirtiera. En la carretera tuvo que apearse, indicando aproximadamente las diversas posiciones en que fuera abordado. Seguidamente, el coche del oficial de policía enfiló la carretera, llevando en su interior a cinco hombres.

En Valley Forge, se detuvieron ante la fachada del parador, concurrido a estas horas de la mañana por varios tipos de vehículos, en su mayoría de transporte.

Dudley pisó tierra primero, seguido por Kane y el sargento. El conductor y otro policía, quedaron en el coche.

El reducido bar mostrábase ahora en pleno movimiento, ocupados los taburetes del mostrador por una serie de individuos de activa apariencia.

Kane buscó con la mirada al estirado camarero de la noche anterior. Su rostro se ensombreció al ver, detrás del mostrador a un hombre de rostro enjuto y descuidada barba gris. Abalanzóse en dos zancadas hacia él, abriéndose sitio entre dos sujetos, sentados casi

juntos, en las altas banquetas.

—¡Eh, oiga! —preguntó, con vehemencia—. ¿Dónde está el tipo ese que servía aquí anoche?

El otro le examinó entornando los ojos con notable curiosidad, para decir después en voz baja, como si hablara consigo mismo.

—... Freeman —hizo una pausa para tragar algo que masticaba—. Tiene el tumo de noche, se largó hace un rato.

—¿Cuánto hace que salió? —insistió Kane. El camarero encogióse de hombros.

—No sé. Poco, quizá media hora. Le oí algo de echar gasolina en el coche... Yo soy el dueño, ¿puedo servirles en algo?

Ben lanzóse al exterior seguido a breves centímetros de los dos detectives.

Atravesaron la grava a grandes zancadas, con dirección al surtidor de gasolina.

El muchacho de pecas llenaba en este momento de combustible los intestinos de un «Chevrolet» color guinda, conducido por una señorita. Kane asióle por el brazo, antes de que el joven tuviera ocasión de darle los buenos días.

—Oye, Spanky... El tipo que sirve ahí enfrente, ¿lo has visto?

—Pues sí, está ahí dentro lavándose las manos. Ese cacharro suyo funciona igual que mi padre los fines de semanas. —Hizo ademán de beber, señalando el mismo tiempo con la barbilla un «Ford» modelo «38», descascarillado y sucio.

Ben penetró con su inseparable escolta en la dependencia aneja al surtidor.

Freeman se secaba las manos con un paño ennegrecido cuando los tres hombres llegaron ante él. Ahora, vestido con un traje cruzado oscuro, muy estrecho de hombros y acampanado en las caderas, parecía doblemente alto. Miró a Kane musitando un rutinario: «Hola, amigo».

—Escuche, compadre —habló Ken—, va usted a decir a es...

—¡Usted se calla, Kane! —cortó Dudley, secamente. Acto seguido, enseñando a Freeman su chapa policial, preguntó sin preámbulos—: ¿Anoche estuvo este hombre en su bar? ¿Le vio usted entablar conversación con una mujer?

El larguirucho miró a Kane, arrugando la parte superior de su cara, antes de contestar:

—Estuvo anoche cenando, es cierto... pero no le vi hablar con nadie.

La sorpresa desencajó las facciones de Kane. Adelantó un paso, hablando nerviosamente al de la toalla.

—¡Usted me vio con una rubia y hasta metió baza en la conversación! —Varió de tono para añadir, casi suplicante—: Oiga, amigo, entonces discutí con usted y la siento, pero esto de ahora es un asunto muy serio... debe hacer memoria, muchacho.

Freeman, sepultando su mirada en el paño grasiento, seguía con su interrumpido secado de manos. Miró a Kane con cara contrita, y manifestó:

—Olvidé lo de anoche, compadre. Una simple discusión no es motivo como para echar a un hombre en brazos de la policía —contemplóse una mano larga y huesuda—, pero por ayudarle, yo no puedo comprometerme diciendo una cosa que no es ver...

Kane le cortó la frase estrellándole el puño en la boca, y Freeman dio de espaldas contra la pared, más antes que pudiera abalanzarse nuevamente sobre él, Howen trabó los brazos por detrás. El chófer chilló poseído por la ira debatiéndose entre la potente presa del sargento.

—¡Te arrancaré todos los dientes, cochino embustero...!

Dudley intervino para cogerle con fuerza por las solapas, gritándole a dos palmos de la cara:

—¡Kane, ya estoy harto de su maldito carácter! ¡Se está quieto, o le pongo las esposas! El chófer cedió, jadeante, aflojando el sargento la presión de su llave.

Freeman, junto a la pared, con la toalla se enjugaba a duras penas la sangre que brotaba por su boca. Habló al teniente, pronunciando confusamente las palabras.

—Será mejor que lo espose. Este tipo si no está loco, poco le falta.

Los dientes de Kane rechinaban como si éste fuera a saltar nuevamente sobre el larguirucho, y Howen, prevenido, sacó del bolsillo un par de esposas con ademán significativo.

—Espere de aquí a un ratito, Kane —hizo sonar los grilletes—. Estoy seguro que dentro de muy poco tendrá ocasión de lucirlas.

El barman, con un pañuelo doblado puesto sobre la boca, dirigióse al teniente.

—Capitán, si no desea más de mí quisiera marcharme. He de estar en Philadelphia antes de una hora.

Dudley le dijo que sí, complacido por el ascenso, después de que el sargento reseñara su filiación, citándole en el Departamento para el siguiente día a fin de tomarle declaración.

Freeman despidióse de Howen, llamándole teniente.

Benjamín Kane rió sordamente, lleno de un incontenible nerviosismo.

—Muchos testigos así, superintendente —dijo a Dudley— y de aquí a un año es usted guardia de tráfico.

Volviéndose se quitó la cazadora metiendo a continuación la cara bajo el grifo del lavabo. Los dos policías le miraban con las manos metidas en los bolsillos, inmóviles como estatuas.



Spanky hizo su entrada en ese momento, rebosante su pecosa cara de feliz curiosidad. Pasó ante los policías y se inclinó ante Kane que seguía con la cabeza metida en la pileta, como si fuera un bebedero.

—¡El tipo ese va echando sangre, Kane! —dijo con entusiasmo—. No me digas que lo has zurrado, chico. A mí no me es simpático.

Kane enderezó el torso, sacudiendo el agua de su cabeza como si fuera un pato. Miraba el paño manchado de rojo por el larguirucho.

—Spanky, dame una toalla limpia y tira esa porquería. Apesta a lombrices.

El muchacho fue hacia un cajón y extrayendo un doblado paño de felpa tendióselo sin dejar de parlotear.

—¡Le zumbaste tú!, ¿verdad, Kane?

El aludido habló con voz profunda a través de la toalla.

—No. Se mordió la lengua él solo —hizo una pausa.

—La tiene muy larga.

Fue el sargento Howen quien primero salió de su mutismo para interrogar al muchacho.

—Oiga, Spanky, ¿recuerda haber visto a Kane largarse en el camión con una muchacha?

El pecoso examinó primero la cara del sargento como si no acabase de comprender la pregunta, fijando luego sus ojos en Kane, que a su vez contemplábele con ansiosa actitud. Tartamudeó algo el muchacho al ver al chófer insinuarle un afirmativo movimiento de cabeza; y Howen, saltando ante Kane, cubrióle a la vista del pecoso y gritó imperiosamente:

—¡¡Usted se calla, Kane!! —Luego volvióse hacia Spanky mostrándole su placa de policía para decirle con acento protector aunque autoritario—: Hijo, si dice una mentira por ayudar a este hombre, puede costarle muy caro...

Spanky, confuso, tragaba saliva como si ingiriese una purga.

—Pues... no sé... no recuerdo —entrecortado, miraba consternado al chófer—... estaba todo tan obscuro... pero deben creerle si él lo dice —concluyó con energía.

Fuera sonaba el claxon de un coche reclamando los servicios del muchacho. Kane exhaló un profundo suspiro, y forzando una sonrisa agradecida, palmeó la espalda de Spanky.

—Gracias, chico —dijo—, y no te preocupes por esto. Si no estás seguro haces bien en decir la verdad. —Empujóle suavemente—. Por ahí fuera alguien te llama...

El muchacho abandonó la estancia con aire compungido. Kane, con un gesto aburrido, tiró la toalla contra una silla.

—Ya son dos testigos, superintendente —habló con sorna a Dudley—. Ahora podemos buscar una vieja coja, y preguntarle si ha

corrido sesenta millas detrás de mi coche...

Howen sonrió.

—Vamos, Kane, seamos comprensivos; todo el mundo comete equivocaciones en la vida. —Su voz era tierna y— paternal al añadir: —¿Por qué lo mató?

El inculpado abrió los ojos, sorprendido; su cara plasmó una mueca divertida, para lanzar seguidamente una profunda carcajada.

—¡Sargento... usted para cómico no tiene precio!

Las cejas de Howen se erizaron en manifiesta disconformidad con la gracia particular del otro.

—Usted lo mató —repitió como un eco, clavando sus pupilas metálicas en Kane. Ben púsose repentinamente serio, adquiriendo su rostro una arrebatada expresión.

—¡Claro que sí...! ¡Me faltaba gasolina para el coche y quise robarle la que él llevaba en el mechero! ¡Váyase al infierno, si es que allí dejan entrar asnos!

El teniente Dudley dio un paso vacilante, mostrando bien a las claras sus contenidos deseos de abalanzarse sobre Kane. Este engallóse, esperándole provocativamente.

—Momentáneamente queda usted arrestado. Benjamín Kane —notificó Dudley, fríamente— y le aseguro que le va a ser difícil salir de ésta.

El aludido, impasible, encogióse de hombros al tender sus manos hacia Howen, cociéndole con resignación:

—Está bien. Espóseme, sargento; soy un criminal peligroso.

Howen miró interrogativamente a su superior, circunstancia que Kane aprovechó parapetándose a su espalda al mismo tiempo que rodeaba con su brazo izquierdo el cuello del sargento, y velozmente, introdujo la diestra en el bolsillo del policía para extraer una automática con la que apuntó a Dudley.

Todo fue tan rápido, que el teniente quedó con los brazos caídos a ambos lados del cuerpo, en estúpida actitud de sorpresa. Howen, con la cara roja debido a la presión ejercida por el brazo de Kane, se debatía débilmente.

—¡Ya está bien de fiestas a mi costa, teniente! —gritó Kane—. ¡No pensará que voy a dejarme sentar en la silla eléctrica para que a usted lo asciendan! —Golpeó amenazadoramente en la cabeza a Howen para que se estuviera quieto, cesando éste en sus forcejeos.

Dudley estaba pálido por la cólera.

—¡No sea loco, Kane; si es usted inocente, ésta es la peor forma de demostrarlo!

¡Suelte esa pistola y entréguese, o no llegará muy lejos...!

—¡Que se cree usted eso, Dudley! —bramó—. Llegaré hasta el final del caso trayéndole a sus barbas a la rubia y a todos esos personajes que por lo visto son producto de mi imaginación. ¡Aprendí en la guerra a protegerme solo!

Empezó a andar hacia un pequeño cuarto destinado a guardar las escobas, de cara a Dudley y parapetado en el sargento, que no cesaba de maldecir en voz baja. Cacheó por detrás a Howen por si era portador de otra arma, empujándole hacia la pared.

—No se vuelva, Howen, o le juro que disparo; va en ello mi propia vida. —Encaróse con Dudley, ordenándole amenazadoramente—: Y usted levante las manos, teniente y arrímese a él; y ya ha oído, ¡no quiero bromas!

El detective obedeció, después de mirar a Kane con infinito odio.

—No tardaré en atraparle, Benjamín Kane; para entonces vale más que esté usted muerto.

Kane le cacheó de espaldas con su mano izquierda, y después de extraerle una pistola del bolsillo del gabán, empujó a ambos dentro del reducido cuarto, entre bártulos de limpieza, dando seguidamente dos vueltas a la llave puesta, para terminar arrojándola al otro extremo de la estancia.

Se guardó las armas. En la nave sólo se oía ahora la respiración jadeante del chófer. Toda su anterior entereza pareció por unos instantes resquebrajarse a través de su voz desesperada, de animal acorralado.

—¡Maldita sea mi mala suerte, maldito sea usted, Dudley... y todos los que quieren perderme...!

Al otro lado de la puerta, el aprisionado oficial de policía lanzó un extraño gruñido que pudo oírse como si surgiera del interior de una tumba.

CAPÍTULO IV

Benjamín Kane enjugóse el sudor de su frente pasando la vista por las desnudas paredes, buscando la forma de salir al exterior eludiendo la presencia de los dos policías que quedaran esperando en el coche.

Sobre el lavabo, un amplio ventanal orientado a la parte trasera del edificio, vino a darle la solución.

Los policías reclusos en el cuarto trasero, comenzaron a golpear fuertemente la puerta, intentando atraer la atención de alguien que acudiera a sacarlos. Kane, sin dudarlo más, pisando la pileta adosada a la pared, pudo ganar el alféizar de la ventana izando a pulso con cierta dificultad su dolorido cuerpo. Saltó sobre un terreno irregular, lleno de latas de conserva vacías y desperdicios. Al fondo, los tupidos pinos de Valley Forge formaban una inmensa alfombra verde.

Sigilosamente pegado a la pared, fue a doblar la esquina del edificio al mismo tiempo que un convertible color verde pálido hacía maniobras por aquel lado. Cruzó en dos zancadas el terreno que le separaba del coche, advirtiéndole en su interior dos ocupantes, y abrió la portezuela trasera del vehículo para introducirse en él. Arrancaba hacia adelante cuando el conductor, al notar algo extraño, volvió la cabeza y se encontró la poco tranquilizadora estampa de Kane, apuntándole con una pistola.

—¡No se mueva! ¡Enfile la carretera por donde yo le diga, o disparo...!

La mujer que iba al lado del que empuñaba el volante, chilló con espanto antes siquiera de volver el rostro. El conductor, sorprendido por la intrusión del desconocido, mantuvo indeciso el rodar del coche, más la presión de la pistola de Kane, sirvió para hacerle

obedecer mansamente con preciso instinto de conservación.

El convertible lanzóse a toda velocidad por la pista 83, como si fuera conducido por un loco. La mujer, presa de un temblor nervioso, lloraba articulando leves gritos. Kane contempló las orejas del que conducía, blancas y transparentes como si fueran de cera.

—No deseo hacerles ningún daño. —Rebajó algo la dureza de su voz al dirigirse a la mujer—: Escuche, huyo de la policía por un delito que no he cometido... pero me va en ello la vida. Procuren no hacer nada que pueda perjudicarme.

Ella musitó un espontáneo «Sí, sí», escrutando con los ojos corridos de «rimmel» la pálida cara de su acompañante, como si hablara por él. Ambos eran jóvenes, de buen aspecto, y a juzgar por su miedo, también inofensivos, cosa que a Ben la dio cierta tranquilidad.

El automóvil continuaba su veloz carrera. A instancias de Ben, el sufrido propietario varió la ruta repetidas veces adentrándose por caminos de tercer orden. Dejaron atrás el pueblo de Wayne por Conestoga. Al llegar a la altura de Wryn Mawr, el que iba al volante no pudo aguantar su tensión nerviosa y ladeando ligeramente hacia Kane su rostro excitado y sudoroso, habló con voz suplicante:

—¡Oiga, amigo, a ella no le haga nada...! ¡Es mi mujer... acabamos de casarnos!

Con su mano libre, Ben hizo por tranquilizar al hombre dándole un par de palmadas amistosas en el hombro.

—No se preocupe, ninguno de los dos tiene nada que temer. Se han portado bien. —Luego, endurecióse su voz al añadir—: No soy ningún asesino, pese a lo que lean de mí esta noche en los periódicos.

El hombre respiró profundamente afianzando con más firmeza la rueda del volante. Nuevamente se desviaron por Haverford hasta Penn Wynne, a una milla escasa de los arrabales de Philadelphia, donde Kane ordenó parar el coche, frente al edificio del «Friends Central School». Sin dejar de apuntarles con la pistola oculta en el bolsillo, se apeó.

Les ordenó enfilear nuevamente la recta carretera hasta perderlos de vista, para internarse él, con paso rápido, a través del campo, llegando en pocos minutos al Cobbs Creek Park, ya en el límite de la ciudad, donde empezó a sentirse verdaderamente a salvo.

Kane deambuló algún rato por los arenosos caminos del parque, contemplando indolente el volar de los pájaros. Comenzaba a declinar el día, y algunos focos del paseo encendidos prematuramente, proyectaban un cono amarillo casi diluido, al mezclarse con el último vestigio de claridad diurna. Luego, la luz de los focos fue ganando en intensidad, a la par que el cielo cobraba un extraño tinte gris rosáceo, hasta convertirse en negro.

Una de las veces se cruzó con un policía uniformado, y al creer que le examinaba distraídamente, le flaquearon las rodillas, haciendo verdaderos esfuerzos para no echar a correr. Debía de ofrecer un aspecto lamentable. Tuvo que sentarse en un banco apartado, de cara a los arbustos, antes de conseguir serenar su ánimo.

«Tranquilidad, muchacho, esto es sólo el comienzo. Has de tener tranquilidad, si quieres salir con bien de todo esto... Todavía tardarán horas en empezar a buscarte por aquí. Debes encontrar a la chica... ¿Dónde?...

Ante el temor de un nuevo tropiezo con algún policía de servicio; optó por buscar refugio en un lugar más seguro. Hizo su salida del parque por Market Street, y ya a la sombra de los altos edificios de Chestnut, tornó un autobús repleto de viajeros, aprovechando esta circunstancia para hacer todo el trayecto con la cara pegada a una de las paredes del vehículo, hasta el final de la línea, al borde mismo del Delaware River.

Los muelles del caudaloso río mostrábanse solitarios, llenos de pequeñas embarcaciones amarradas e inmóviles sobre el agua. En la otra orilla, la recta iluminada del Broadway se reflejaba en el cielo como una inmensa luciérnaga.

Kane, sumergido en la húmeda niebla ribereña, anduvo largo rato con las manos metidas en los bolsillos. Su rostro era una máscara dura y contraída. Se introdujo en un pequeño bar, y después de ingerir una buena dosis de coñac, salió a la calle con el cuerpo erguido y los ojos brillantes de decisión.

En Front Street, compró un diario de la noche, que hojeó a la luz de un escaparate. La tercera página, le dedicaba algo de atención, explicando sucintamente la huida de un chofer, al parecer presunto asesino de su compañero de trabajo, Harry Flyn. No daba detalle alguno de que el camión fuera desvalijado, y sí sus señas

particulares, esbozadas con bastante precisión. Dada la avanzada hora de la edición, el periódico, prometía información más amplia para el día siguiente.

Estrujó con rabia el diario entre sus manos, mesándose luego el cabello con impotente desesperación. Sabía que, pese a lo comedido de la información, en aquellos instantes la policía se hallaría volcada sobre la ciudad, rastreando una posible pista. No cabía duda de que en las veinticuatro horas siguientes, la noticia merecería el honor de una primera página, adornada inclusive con una profusión de fotografías historiando el caso.

Kane volvió a repasar el periódico, apreciando esta vez la mención de testigos de alguna importancia». La figura del hombre largo llamado Freeman, vino a bailar ante su imaginación, haciéndole sonreír nerviosamente, con los dientes apretados. Con el diario doblado en el bolsillo y la expresión triunfante, encaminó sus pasos hacia la calle 34, en Fairmount Park, lugar en que Freeman declaró vivir cuando el sargento Howen le tomó declaración.

Con recelosa precaución trasladóse al otro lado del Schuylkill River evitando el centro de la ciudad y después de cambiar varias veces de vehículo, llegó ante lo que resultó ser una casa de apartamentos independientes de mediana categoría.

En la puerta, el casillero de timbres informóle del número y planta en que, al parecer, habitaba Freeman. Un muchacho que salía ni siquiera se dignó mirarle, y Kane subió rápidamente la angosta escalera hasta el cuarto piso, sin cruzarse con nadie a su paso. La habitación del *Warman* tenía su entrada al fondo de un corredor estrecho. Por encima del montante no salía luz alguna que denotara la presencia de alguien en su interior. Adelantóse de puntillas y aplicó su oído derecho a la madera, conteniendo la respiración con los músculos tensos. En su diestra, esgrimía la pistola con el dedo curvado sobre el gatillo.

Tras unos momentos de expectante atención, llamó suavemente con los nudillos, pegando su cuerpo a la pared, a un lado de la puerta.

Kane, con la frente humedecida de sudor mantúvose en silenciosa espera sin que en el interior dieran señales de vida. Hizo una nueva llamada, esta vez más vigorosa, y transcurridos unos instantes, con su mano izquierda, extrajo del bolsillo una navaja

que abrió con los dientes para introducirla en la cerradura, y maniobró afanosamente hasta lograr forzarla, tras un seco chasquido.

Cautelosamente penetró con todos sus sentidos alerta, sin que su instinto advirtiese nada anormal. Procedió a entornar la puerta a sus espaldas, y tanteando con su mano libre la pared, hizo por localizar la llave de la luz. Iluminóse la habitación, mostrándose claramente a ojos de Kane.

Era un dormitorio pequeño y sucio, con el mobiliario imprescindible. Una puerta abierta de par en par, daba paso al cuarto de aseo.

Tras correr las cortinas de la única ventana del aposento, y cubrir con una hoja de periódico la pantalla de luz en el centro de la habitación, comenzó a registrar minuciosamente al ahora tenue resplandor de la lámpara.

En el armario, el vestuario poco extenso, no guardaba en los bolsillos ningún papel o anotación interesante que excediera de un par de butacas ya utilizadas del «Arcadia Theater», la contraseña de un lavarropas, una manoseada foto de una artista de cine con escaso indumento, un lápiz estilográfico estropeado y una lima de uñas.

El resto de lo guardado en cajones y armario derivaba, de simples cuentas realizadas a lápiz, con números grandes e infantiles, a una profusión de revistas ilustradas de dudoso gusto.

Ben, desalentado, sentóse sobre la cama presionándose las sienes con las palmas. La personalidad aparente de Freeman, parecía desmentirse ante el hecho de no hallar en su equipaje, nada que denotara ciertos contactos con el mundo exterior.

Un nuevo registro, revolviendo las ropas de su cama, forros de los trajes, el empapelado y tubos de desagüe, condujo a Kane a la misma conclusión.

Se detuvo sudoroso, consultando su reloj de pulsera. Hacía ya más de una hora que permanecía en el apartamento del barman. Su vista tropezó en las baldosas, con las dos entradas inutilizadas del «Arcadia Theater», cada una de un color. Agachándose las recogió del suelo, para examinarlas con detenimiento.

Ambas entradas llevaban entre sí una diferencia de tres fechas; la de utilización más reciente, cinco noches antes. Frunció los labios en una mueca despectiva, imaginándose la calidad del espectáculo,

a tono con las revistas gráficas halladas en la habitación de Freeman, y desdoblando el periódico de que era portador en el bolsillo, consultó la cartelera de espectáculos sin excesivo interés. El anuncio de «Las Rockettes^[2]», entre admiraciones, hizo a Kane fruncir el entrecejo.

Conocía el célebre conjunto coreográfico, por haberlo visto actuar en alguna ocasión en el «Radio City», de Nueva York. Todas eran maravillosas muchachas, capaces de interesar a Freeman, y al más impasible de los mortales...

Los ojos soñadores de Ben, adquirieron repentinamente un brillo penetrante. Estrujó las entradas en un puño, y con sonrisa extraña se disponía a abandonar la habitación, cuando un ruido de pasos en el palillo le hizo abalanzarse de un salto sobre el interruptor eléctrico, dejando la habitación completamente a oscuras.

Junto a la puerta, quedóse expectante, oprimiendo la pistola en su mano con incontenible excitación. Los pasos se fueron acercando gradualmente hasta pararse ante la puerta de entrada. Kane contuvo a duras penas su agitada respiración. De haber prestado atención a su estado físico habría sentido dolor, debido a la excesiva rigidez de sus músculos.

Al otro lado de la puerta sonó el ruido característico de unas llaves. Asió con firmeza su arma, notando sus pulsaciones al vibrar por todo su cuerpo, como si alguien, dentro de su esqueleto, tocara un tambor.

El anónimo visitante introdujo la llave en la cerradura, siendo empujada la puerta dos centímetros hacia dentro.

Fueron unos breves segundos de indecisión por parte de los dos hombres, a ambos lados de la puerta. El que iba a entrar, debió advertir el peligro, lo que le hizo retroceder sobre sus pasos sigilosamente. Kane no pudo contenerse por más tiempo; esgrimió su arma con firmeza, y dio una potente patada a la puerta saltando al pasillo dispuesto a enfrentarse con un regimiento.

¡A unos metros de distancia, Freeman, con una automática en la mano le contemplaba con la cara desencajada por el miedo!

La misma sorpresa impidió que el barman pudiera acertar tan infalible blanco. Un relámpago azul brotó de su pistola y la bala hizo saltar un trozo de yeso de la pared. Fue a disparar nuevamente, pero se le encasquilló el arma.

—¡¡Freeman, para o te acribillo!!

El barman, loco de terror, se deslizaba escaleras abajo. Kane contuvo sus deseos de oprimir el gatillo, lanzándose en pos del huido. En frenética carrera, ambos hombres descendieron a saltos los cuatro pisos, ganando Freeman distancia merced a sus largas zancadas. Atravesando el portal, cruzó la calle con la velocidad de un gamo, y su perseguidor, decidido, pisó el umbral cuando, repentinamente, un bulto se interpuso. Rodó Kane por la acera junto con el desconocido, maldiciendo a gritos su mala estrella. Iba a incorporarse cuando el sujeto con el cual tropezara, disparó el puño contra su cara, rozándole con los nudillos una oreja. Sólo entonces, medio incorporado en el suelo, pudo reconocer, con estupefacción; la figura del sargento Howen caído a su lado.

—¡Alto en nombre de la...!

Kane le embistió con la cabeza, estrellando su frente contra la barbilla del otro.

Alguien, a su lado, intentó golpearle con una porra.

Ya no pensó en Freeman, ni en nada que no fuera su propia salvación. Saltó por encima del cuerpo caído del sargento, corriendo desesperadamente. Un hombre uniformado logró asir el faldón de su chaqueta, rasgando la prenda, y la pistola de Kane, entrando en violenta colisión con su cabeza, le hizo desplomarse exánime sobre el pavimento.

Una bala pasó zumbando junto a su oído, mientras el agudo sonido de un silbato transmitió la alarma a todo lo largo de la calle. Kane ganaba en ese momento la acera opuesta, seguido de las voces de sus perseguidores. Un coche, que se deslizaba por la calzada, frenó en seco al ruido de los disparos, interponiéndose de forma oportuna entre la policía y el fugitivo. Para, este último fue una fracción de segundo que supo aprovechar con la desenfrenada velocidad que la desesperación hacía brotar, muy por encima de sus facultades físicas.

Dobló la esquina, metiéndose casi bajo las ruedas de un camión descubierto. El vehículo redujo su marcha, chirriando sus cubiertas al patinar por el asfalto, y jurando el conductor con voz potente. Al arrancar de nuevo, Kane se colgó de su compuerta trasera jadeando afanosamente. A su espalda sonaron otra vez los gritos de la policía, el silbato volvió a oírse penetrante y nuevos disparos rasgaron la

noche, pero ya el camión llevaba recorrido un buen trecho, cuando el coche de la policía dejaba oír su ululante sirena.

Ben dejóse caer del vehículo hacia atrás, manteniendo el equilibrio peligrosamente, al pasar junto a un oscuro callejón. En dos zancadas se internó por él, a tiempo de advertir cómo cruzaba el coche de patrulla, precedido por el estridor de su sirena, detrás del inadvertido camión.

No transcurrirían treinta segundos antes de que los policías descubrieran su equivocación, y Kane, aprovechando esta pequeña fracción de tiempo, corrió callejón adelante, amparado por la obscuridad.

Al cabo de correr durante casi un cuarto de hora, se detuvo sudoroso contra la tapia de un edificio en construcción, seguro de haber despistado por completo a sus perseguidores. Tenía el pulso alteradísimo cuando decidió reposar durante unos minutos detrás de una pirámide de ladrillos.

¡Se sentía atrapado como un ratón en una ratonera! ¡Maldito Freeman...! Debió haber previsto que la policía seguiría al barman con la seguridad de atraparle a él, si intentaba acercarse al larguirucho embustero... Luego, ¿la policía creía en su inocencia?... ¡Al diablo si él iba a exponer su cabeza para ir a preguntárselo!

Mordióse los puños con rabiosa desesperación. ¡Tenía que encontrar nuevamente a Freeman... y a la muchacha! Recordó ahora las dos entradas del «Arcadia Theater», usadas con fecha diferente, que encontrara en el cuarto del barman minutos antes de que éste llegase; y la remota sospecha que entonces pasó por su imaginación volvió a bullirle en el cerebro. Podía ser posible... ¿Por qué no?

Con el pecho todavía agitándose como un fuelle en plena actividad, se levantó de su improvisado refugio, notando el cuerpo dolorido por el reciente esfuerzo. Tenía que salir de esta zona, antes de que la policía estrechara el cerco.

Se hallaba cerca de Haverford; anduvo cautelosamente hasta desembocar en Powelton Avenue, sumergiéndose así en la urbe de la octava ciudad más populosa del mundo. Respiró como el náufrago que arriba a una isla en medio de la tempestad; aun así, al día siguiente, con su fotografía publicada en todos los periódicos de la ciudad, continuaría sintiéndose acorralado en esta inmensa

colmena de cuatro millones de habitantes.

Cogió un autobús, y con la cara oculta en las abiertas páginas de un diario hizo todo el trayecto hasta la puerta del «Arcadia Theater», en Chestnut St., en el mismo corazón de la ciudad, frente al City Hall.

Las luces intermitentes de la fachada anunciaban, en derroche multicolor, el nombre de «Russell Market y sus bellezas». Kane sacó su localidad y pasó al interior de la sala donde, al parecer, el espectáculo había empezado hacía ya largo rato.

Actuaba en este momento, un hombre vestido de croata o algo por el estilo, que, atendido por una agraciada joven sucintamente vestida, ejecutaba el difícil ejercicio de voltear puñales flamígeros en el aire, a los acordes de una música balcánica. Luego salió a escena una cantante, sacerdotisa peruana, imitando a Ima Sumac, y a continuación, «Las Rockettes».

El armonioso conjunto de mujeres hizo su salida al escenario a los acordes de una «beguine». Kane contuvo la respiración, e inclinándose hacia delante en su butaca, escrutó con ojos de águila el amplio escenario; luego, sus pupilas centellearon como dos bengalas luminosas, recostándose en su asiento con una risa gutural de satisfacción.

¡En el escenario, vestida con un traje de exóticas plumas, evolucionaba la muchacha que la noche antes tuviera tanto interés por ir en su camión hasta Pittsburgh!

* * *

La mujer se detuvo bajo el foco de la puerta trasera del teatro, y abriendo un sobre que llevaba en la mano procedió a leer el contenido del mismo. Dos compañeras al salir le dijeron adiós, contestando ella con un leve movimiento de cabeza, sin apartar apenas sus ojos del escrito. Luego, doblando la carta, la introdujo en el bolsillo derecho de su abrigo, y comenzó a caminar a lo largo del angosto callejón, sucio y oscuro. Dobló por la calle Dieciséis para desembocar en Sansom, sin advertir la figura del hombre que la seguía.

Estuvo caminando un rato hasta llegar a una bocacalle junto a Bonwit Teller, donde al parecer aparcaba su auto. Extrajo una llave

de su bolso de mano abriendo la portezuela de un «Hudson» modelo cuarenta, siendo entonces cuando Benjamín Kane lanzóse hacia el coche, empujando dentro a la muchacha, que en este momento le daba la espalda. Ella lanzó un grito al chocar fuertemente su pecho contra el volante, en tanto que Kane saltaba dentro, cerrando la portezuela con su mano izquierda.

La joven incorporóse sobre el volante; volvió la cabeza para mirar a su agresor, y se le dilataron los ojos con asombrado espanto al reconocer a Kane que, sonriente, le apuntaba con su arma.

Este reía, a través de los dientes, con una mueca divertida.

—No debe sorprenderse, hijita —advirtió con suavidad—. Es la misma historia de ayer, sólo que con distinta distribución de papeles.

La joven fue sentándose lentamente sin dejar de mirarle, pálida como un muerto. Kane prosiguió, hablando sin separar los colmillos:

—No se alarme, mi querida ingenua. Yo sólo deseo devolverles su cadáver; en casa andamos tan estrechos de sitio que no tenemos dónde ponerlo...

—No sé de qué me está hablando —murmuró ella, con voz acobardada.

—¡Claro, claro! Seguramente esta mañana bebió más de la cuenta en el bautizo de su abuelita —aclaró Kane, con sorna.

—No sé quién es usted ni le he visto en mi vida —replicó la rubia, recobrando algo de aplomo— pero si no me deja en paz, empezaré a gritar hasta atraer la atención de algún policía.

Ben estiró la piel de su cara, moviendo ligeramente las orejas.

—¡Desde luego, hermana! —Su tono era sospechosamente conciliador—. Iremos a la policía los dos juntitos. No creará que he venido a buscarla para llevarla a bailar.

La mujer empezó a gesticular nerviosamente, sin emitir palabra alguna.

Kane alargó la mano en un intento de cachearla, al tacto, los amplios bolsillos de parche del abrigo deportivo. Ella, con la agilidad de un gato, echóse hacia atrás, clavándole las uñas, y Ben exhalando un ronquido, la golpeó en la cara, haciendo rebotar su cabeza en el cristal de la ventanilla. Quedaron frente a frente, mirándose fijamente, impresos en sus rostros los más turbulentos

sentimientos.

Benjamín Kane habló primero.

—Escucha, princesa —dijo agriamente—. No sé qué pretendéis con ello, ni por qué he tenido que ser yo el que quede en medio, pero existe un cadáver que a mí me viene estrecho. Es difícil tomarme el pelo, y vosotros os habéis excedido hasta un extremo tan poco agradable como es la silla eléctrica. No seré yo el que justifique el sueldo de ningún verdugo, aunque para ello tenga que escarbar la tierra buscando mi exculpación. —Hizo una pausa para respirar profundamente, añadiendo colérico—: ¡Iré cazándoos uno a uno si es preciso, a balazos! ¡Pero lo haré, por el diablo que lo haré...!

Luego, con los labios fruncidos amenazadoramente, introdujo su mano arañada en el bolsillo del gabán de ella, extrayendo la carta que le viera leer en la puerta trasera del teatro. La muchacha permanecía silenciosa, mirándole inexpresivamente.

Kane desdobló el papel sin soltar el arma. La escritura era idéntica a la que Freeman empleara para hacer las cuentas de la lavandería. Ben reconocióla inmediatamente, repasando con un rápido golpe de vista su reducido texto.

—«Cariño, el asunto de tía Águeda se complica —leyó en voz alta—. Te espero en tu casa. Vete en cuanto acabe la representación. Firma R.». —Guardó el papel en la chaqueta, clavando sus ojos de águila en la joven—. Creo que la complicación a que se refiere «cariño» nos afecta a los tres, aunque en caso de ir ahora a la policía con este papelito apuesto mi muela del juicio que el que iba a llevarse menos disgusto era yo. Bien; soy todo oídos, «cariño».

Seguían estacionados en la oscura bocacalle, a cierta distancia del tráfico de Sansom.

—Yo no tengo nada que ver en ese lío —dijo la muchacha casi sollozando.

—No me salga ahora hablando de su hermana gemela. Eso ya no cuela ni visto en el cine —cortó Kane, con fastidio.

—Me refiero al muerto —temblóle la voz—. Ni siquiera sé quiénes son los otros...

—Está bien; quítese de ahí, y deme las llaves del contacto. Seguiremos esta amena historia en el Departamento de Policía.

Le sostuvo ella por el brazo, hablando vehemente.

—¡Le juro que es cierto! ¡Richard fue quien me metió en esto!

—¿Freeman...? —preguntó Ben.

La mujer hizo un gesto afirmativo con la cabeza, reanudando su declaración con voz entrecortada.

—Yo solamente tenía que conseguir que usted me llevara en el camión, parándole donde alguien haría una señal convenida. Según él, únicamente se trataba de apoderarse de un paquete determinado... —Quebráronse sus palabras al añadir—: Y tuve que hacerlo.

—¿Por qué? —inquirió Kane, duramente—. ¿Por qué tuvo que cooperar con esa gente poniendo en juego su integridad de paloma candorosa?

—Eso es lo de menos. No quiero que crea que intento justificar ni con mucho mi proceder, ya que de cualquier forma me atengo a las consecuencias.

—¡Eso no es una razón! —chilló Kane—. ¡No se pueden ir dejando muertos por el mundo como si fueran tarjetas de visita! ¡Por lo menos a mí...! —Serenóse ligeramente, variando de tono—. Puede desembuchar deprisa todo lo que tenga ganas. Me reservo el derecho de no creer nada.

Pese a la semioscuridad reinante podían apreciarse las bellas facciones de la muchacha. Sus ojos profundos y azules se hallaban húmedos y asustados.

—Tenía que ocurrir esto... —lamentóse, con voz llorosa—, pero yo no tuve la culpa...

—¡Déjese de lamentaciones; soy yo el que tiene detrás de sus zapatos a toda la policía del Estado...! —atajó enérgicamente.

Ella suspiró con ahogo, mirando al tablero de los instrumentos.

—Freeman conserva en su poder algo con lo que puede hacerme daño cuando quiera. Siempre me ha amenazado abiertamente en este sentido, y además de darle dinero, me he visto obligada a realizar extrañas cosas, de las que ignoro las consecuencias, últimamente me pidió que lo ayudara en «eso», prometiendo que se largaría lejos y me dejaría en paz para siempre. Eso es todo, si lo quiere creer.

Kane se encogió de hombros con indiferencia, frunciendo los labios.

—En otra ocasión su folletín me hubiera enternecido. No es que no la crea, pero... —Rascóse una oreja para preguntar—: ¿Sería capaz de acompañarme a la policía para contarle toda esa historia?

La joven prorrumpió en profundos sollozos, apoyando su cabeza en el volante.

—Bien, no voy a tener más remedio que creerla —añadió él, con acento convencido—. Sin embargo, no es suficiente para aclarar esta maldita situación. Freeman habrá dejado su trabajo en Valley Forge, y estoy seguro que incluso abandonaría el país si pudiera. —Omitió los motivos que le hacían pensar de esta manera, y su encuentro con el barman y la policía.

No cabía duda de que el cómplice en el asalto al camión había conseguido burlar a la policía buscando refugio en el domicilio de la bailarina.

—Una de dos... —prosiguió Kane—, o Freeman huye de alguien que no soy yo precisamente, o, mi querida princesa, le está preparando a usted algo que dista mucho de ser una fiesta de cumpleaños.

La chica Levantó su cara llorosa para mirar a Kane con desfavorida expresión. Su actitud parecía sincera. El chófer prosiguió:

—De cualquier forma, dentro de muy poco, podremos saber si Freeman está dispuesto a «colaborar», poniéndose en contacto con el resto de la banda. —Sacó un pañuelo del bolsillo de su americana, tendiéndoselo a la joven para que secara sus lágrimas—. Bueno, cierre el grifo, y déjeme el volante.

Cambiaron de sitio, indicándole ella su domicilio en Cliveden St., en la parte norte de la ciudad. Subieron por Broad hasta Germantown. Tres manzanas antes de llegar a su destino, Kane paró el coche, y dijo:

—Confío en usted, entre otras cosas, porque no tengo más remedio. La rubia hizo un gesto de persuasiva sinceridad.

—¡Le juro que deseo ayudarle!

—Está bien; voy a entrar en su domicilio para entrevistarme con Freeman. Usted se queda aquí por si se trata de alguna encerrona. Si dentro de... —consultó su reloj— media hora exactamente no estoy de vuelta, dará parte a la policía explicándoles todo. En cualquier caso procuraré traer a Freeman aunque sea a rastras. Deme las

llaves de su apartamento.

Ella extrajo de su bolso un pequeño llavero, con varias llaves de diferentes tamaños. Separó una, poniéndosela a Kane en la mano. Este pudo notar, al contacto con los dedos femeninos, un ligero temblor nervioso.

La mujer sostuvo su mirada, contemplándole con ansiosa expresión.

—No espera encontrarme aquí a su regreso, ¿verdad?

Kane oprimía ya la manija de la portezuela, para salir al exterior. Al ladear su rostro hacia ella, la muchacha advirtió en su cara un gesto de fría indiferencia.

—Si huye de mí tendrá que hacerlo también de la policía —advirtió Ben—. Ahora ya nos conocemos todos.

Hizo girar la portezuela sin más explicaciones. Luego, tras de cerrarla con un golpe seco, se mezcló entre los transeúntes, con la indiferencia de «un ciudadano más». La mujer se quedó mirándole a través del cristal, con el entrecejo fruncido, hasta que le perdió de vista.

* * *

Iban transcurridos exactamente veinticinco minutos cuando Benjamín Kane; con la cara hundida en las solapas de su cazadora, regresaba al punto de partida. El coche y la mujer permanecían en el mismo lugar.

Se introdujo en el vehículo por el lado opuesto del volante, y puso el motor en marcha.

La muchacha se cruzó de brazos, esbozando una sonrisa.

—¿Y bien...? ¿Me fui acaso? A partir de ahora aprenderá a no ser tan desconfiado... Sonó a lo lejos el ruido penetrante de una sirena. La rubia cortó sus palabras, reparando en la palidez del rostro de Kane, húmedo por la transpiración. El chófer respiraba con dificultad.

—¿Qué ha pasado...? ¿No ha visto a Freeman? —inquirió trémula.

El aludido miraba estúpidamente por el parabrisas, con ojos inexpresivos. Pisó el acelerador de golpe, y el coche arrancó con brusquedad.

El tono que empleara seguidamente para contestar a la joven era gutural y profundo, impresionante.

—Sí; he visto a Freeman —dijo—. Estaba en su apartamento, tumbado en el suelo... y con un balazo entre los ojos...

Las sirenas de la policía, horadando la noche, tenían un sonido de lúgubre responso.

* * *

El sargento Howen, con el rostro magullado habilidosamente recubierto de tafetanes, contempló dubitativamente la figura agarrotada del que en vida fuera Richard Freeman.

El cuerpo desangrado del barman hacía que destacasen más sus angulosas facciones.

Como si el cadáver fuera una burda imitación en cartón piedra.

El fotógrafo del Departamento hizo un guiño lacónico después de tirar su segunda placa.

—... Poco fotogénico... —comentó.

En otro extremo de la invadida habitación, el teniente Dudley pellizcábase la mandíbula con las uñas, como si se depilara los pelos de la barba. Su voz recordaba a la de un coro de viejas, rezando a distancia.

—He de pillarle... le atraparé como a una rata...

—¿A quién, teniente...? Dudley se volvió al sargento.

—A ese Benjamín Kane —dijo emponzoñadamente—. ¡He de cazarle aunque tenga que jugarle la placa a los dados...!

Howen rascóse la oreja con embarazoso recelo.

—¿Por qué supone que ha sido él...?

—¡No me importa quién haya sido!... Yo persigo a una rata... —gritó enconadamente—. ¡La única que en veintinueve años de servicio ha sido capaz de desarmarme encerrándome en un retrete...!

Y el sargento de policía, con más años de servicio que su propio superior, desvió la mirada, pensando para sí que la simple caza de un roedor empezaba a ser algo muy personal para el teniente Dudley.

CAPÍTULO V

Kane podía ver, perfectamente reflejados en el cristal del parabrisas, los rostros de ambos, que parecían dos espectrales mascarillas de cera.

Quebró el silencio la chica, repitiéndose a sí misma las palabras de su compañero, como si le costara trabajo el comprenderlas.

—¿Freeman muerto... en mi habitación...?

—Sí, princesa, muerto del todo. —Kane hablaba roncamente—. Y quien lo hizo tuvo además la gentileza de telefonar a la policía cuando yo estaba dentro. Cinco minutos más, y ahora se hallaría usted sólita conduciendo el coche.

Soltó un gruñido como si la sola idea le molestara. Cruzaban frente a la estrecha cinta verde de un parque, Kane frenó el sedán a diez metros de otro vehículo estacionado. Diseminados a lo largo de la pista, veíanse varios coches en cuyo interior se adivinaba la sombra compacta de alguna pareja.

—Bueno; ésa era la fiesta de cumpleaños —ironizó Ben Kane, volviéndose a mirarla—. Freeman les estorbaba, y éste ha sido un golpe maestro para eliminarla a usted, sin tener que molestarle en disparar otro revólver. Antes de una hora, compartiremos a medias el interés de la policía por tenernos cuanto antes a, su lado.

La muchacha, temblorosa, se aferró a las solapas de Kane.

—¡Yo no sé nada que pueda comprometer a nadie, ni conozco siquiera al que tenga interés en perjudicarme!

—«Quien siembra vientos recoge tempestades», encanto. No pretenderá que le otorguen ahora ninguna medalla al mérito cívico por asaltar camiones en plena carretera.

—Antes intenté explicarle el motivo que me obligó a ello —dijo la joven, con un entrecortado sollozo; y como viera que él callara en

espera de una más amplia explicación, sorbió sus lágrimas con dificultad, aclarando seguidamente—: Hubo un hombre que me trajo a la ciudad, no importa en qué circunstancias. Según él, iba a casarse conmigo. Dudo que jamás llegara a pensar en serio semejante cosa. Por el contrario, cuando se hartó de mí, dio por concluido el asunto con una pequeña suma. No creo que hubiera podido volver a mi casa —suspiró con añoranza—. Luego salí adelante por mis propios medios. Cierta día llegó Freeman, presentándose ante mí como un amigo. Era portador de unas cartas que yo escribiera tiempo atrás al individuo a que me refería antes. En ellas hablaba de matarle si no volvía a mí, o al menos intentaba solucionar mi situación. El hombre en cuestión acababa de morir violentamente... en raras circunstancias. Aquellas cartas, en manos de la policía, podían causarme más de una complicación. Freeman no hizo intención de devolvérmelas, y sí de pedirme «dinero prestado»... El resto ya puede imaginarlo... —estalló en sollozos, chillando histéricamente—. ¡Me alegro de que haya muerto! ¡Me alegro...!

Kane abrió el bolso de la muchacha sin ninguna ceremonia, extrayendo de su pitillera un emboquillado que encendió con verdadero deleite. El humo hizo unos extraños rizos al chocar con el cristal del parabrisas. Ella siguió llorando en silencio un rato. Luego prosiguió:

—La noche de... «eso», Freeman me había llevado en su coche hasta el bar de Valley Forge. Yo fingí una indisposición para no tener que acudir al teatro. El me habló durante el trayecto de lo que se trataba, y como yo rae negara, llegó incluso a amenazarme. Sabían que usted hacía «la línea» transportando algo que a ellos les interesaba...

—¿El qué? —preguntó Kane.

Ella hizo un leve encogimiento de hombros.

—Lo ignoro. Les oí hablar de ello cuando usted estaba sin sentido. Antes de empegar siquiera la descarga, llegó un hombre gordo que parecía mandar en todos; estuvo tan sólo unos minutos conversando con el de lentes. Luego, en compañía del jovencito, regresamos a Philadelphia, en el mismo coche que le trajera, sin hablar una sola palabra en todo el trayecto. No volví a ver a Freeman ni supe nada de él hasta la carta que, por medio de un

botones, me envió al teatro.

Kane apretaba el cigarrillo con los dientes.

—¿No oyó nada que pudiera ser una pista? ¿Un nombre, o alguna dirección? Negó en principio la mujer con la cabeza; luego hizo memoria, rectificando.

—¡Sí, el jovencito llamó Hoaggy al hombre gordo para contarle como el tal

O'Marra

le había pegado! El otro le hizo callar.

—Ya... Ellos buscaban algo cuya existencia no debía ignorar Harry, aunque no me explico por qué lo mataron. Luego nada más fácil que dejarme a mí el cadáver.

Liquidado Freeman (último punto de contacto con ellos) se aseguraban la inmunidad, dejándonos con un muerto para cada uno y muchas historias fantásticas que jamás creería la policía. — Introdujo la mano en el bolsillo interior de su chaqueta, sacando un papel amarillo, doblado—. Ésta es la lista de las mercancías que yo llevaba consignadas a Pittsburgh, con el domicilio de los destinatarios; algo de lo que hay anotado aquí interesaba al tal Hoaggy y su pandilla, a no ser que Harry lo llevase escondido en el camión... —sonrió, apretando los labios.

La joven le miraba con detenida atención, mientras Kane volvía a guardar el papel.

—Hay que salir de la ciudad... tenemos que conseguirlo como sea —murmuró él—. Si consiguiéramos llegar a Pittsburgh... Allí podemos dar con la pista que buscamos, y de paso considerarnos más seguros. Aprovechando la noche, podríamos utilizar carreteras secundarias que estén poco vigiladas... es nuestra única salvación, y hay que intentarlo...

—¡Nos detendrá la policía antes de que lleguemos allí! —protestó ella, con voz temblorosa.

Kane hizo oscilar la cabeza, con gesto resignado.

—No queda otro recurso, princesa. Lo que esa gente buscase, no cabe duda de que marchaba con destino a Pittsburgh; aquí jamás daríamos con Hoaggy y su pandilla, si es que durábamos más de veinticuatro horas sin caer en los brazos de la policía. —Chupó el cigarrillo con vehemencia, añadiendo como un murmullo—: ¡He de conseguirlo, y, por mi santa madre, que daré con las razones que

llevaban a Harry hasta Pittsburgh...!

Con alterado pulso, la joven trataba de encender un emboquillado. El resplandor del mechero iluminó por unos instantes su cara; pese a los desperfectos causados por las lágrimas estaba verdaderamente atractiva.

—Este coche ¿es suyo o alquilado? —preguntó Kane. La mujer hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Ni lo uno ni lo otro. Me lo prestó una amiga que está de vacaciones. Tiene intención de que se lo compre...

—¡Bien! Un indicio menos a favor de la policía, hasta que su amiga reclame el vehículo. Puso el motor en funcionamiento, cruzando la ciudad por sus calles solitarias. Dado lo avanzado de la noche, únicamente transitaba esa pequeña minoría de raros noctámbulos que habitan en todas las partes del mundo. Kane hizo girar la manivela para bajar el cristal, arrojando al exterior su extinto cigarrillo, y dejó abierta la ventanilla a fin de que el aire nocturno ventilara el interior del coche.

—Me llamo Doris, Kane —dijo ella, como si repentinamente lo hubiera considerado necesario.

Ben hizo un gesto cordial aprobatorio; luego se estrecharon silenciosamente las manos, como dos juramentados, conscientes del peligro que iban a afrontar, y Kane, solemnemente, con el rostro pétreo como el granito, enfiló el coche por los arrabales de Philadelphia, rumbo a lo desconocido.

* * *

Estuvieron rodando toda la noche, internándose, a veces, por caminos vecinales, con los nervios tensos. Sus rostros reflejaban los diversos estados de ánimo que les embargaban. A la altura de Coatesville se cruzaron con una pareja de la policía motorizada, y Kane, como un autómata, atrajo hacia sí a Doris, juntando ambos la cara como si se estuvieran besando. Fue peor; los policías giraron sus motocicletas, alcanzaron al coche y le ordenaron parar.

Kane introdujo la mano empapada de sudor dentro del bolsillo para aferrar, nervosamente, la culata de su pistola. La joven, abrazada a él, temblaba.

El guardia asomó la cabeza por la ventanilla, ajeno al arma que

a través de la tela de un pantalón, señalaba una trayectoria de muerte.

—O conduce, o la besa a ella —dijo entre autoritario y festivo—. Lo que no debe hacer es las dos cosas a un mismo tiempo, amigo.

Kane respiró tranquilo, sin aflojar por ello la presión de su mano sobre la oculta pistola. Con voz estúpida contestó al guardia:

—Es... es que... acabamos de casarnos. Vamos a Pittsburgh, a ver a la abuela de mi mujer.

El motorista ladeó su gorra hacia atrás, contemplando fijamente a Doris; ésta no pudo resistir la tensión, y dejó escapar un sollozo nervioso que el guardia interpretó candorosamente.

—¡Vamos, vamos; no se asuste, no voy a interrumpir su luna de miel! Sigan, pero dígale a su querido esposo que dosifique su cariño y espere hasta llegar a Pittsburgh... o por lo menos, que frene de vez en cuando.

Hizo un guiño significativo, llevándose dos dedos a la gorra en señal de despedida. El otro motorista, aguardaba, regocijado, sobre su máquina. Se le oyó comentar con su compañero algo sobre los recién casados en general, y Kane, sin entretenerse siquiera en dar las gracias, arrancó su coche velozmente.

Enjugóse el sudor que goteaba por su cara, soplando con alivio. Doris daba rienda suelta a sus nervios riendo histéricamente.

—¡Calle! Debe procurar dormir, princesa. Un poco de descanso serenará su ánimo.

Y apenas volvieron a cruzar una palabra en el resto de la noche.

Llegaban a Chambersburg cuando el cielo empezaba a clarear, amaneciendo sobre las montañas. El filo recortado de Tuscarora Mountain fue adquiriendo un bello tinte naranja, como si las enormes rocas fueran de bronce.

Doris, limpiando el vaho que empañaba el cristal, escudriñó con la vista el paisaje que atravesaban.

—Estamos en Ligonier —manifestó, respondiendo a su muda pregunta—. Dentro de una hora a lo sumo podrá contemplar los ladrillos del Learning^[3].

Transcurrido este tiempo comenzaron a ver las altas chimeneas de Wilksburg. Los cuarenta y dos pisos de la Universidad de Learning ya eran visibles a través de la niebla.

Entraron en la ciudad de Pittsburgh por el distrito de Braddock y

rodaron por el centro de la urbe, mezclándose con el abundante tráfico para pasar inadvertidos.

En Squirrel Hill pararon el coche dejándolo en un aparcamiento, luego entraron en un modesto restaurante, en la confluencia de Beechwood con Murray St., tomando asiento en una mesa apartada, donde pidieron café con tortas de maíz y mermelada.

Una vez que hubieron concluido, Kane apartó las tazas, sacando la lista de papel amarillo relativa a las mercancías que dos noches antes le fueron robadas, extendiéndolo sobre la mesa.

—Bueno; vamos a trabajar —dijo.

Doris arqueó sus cuidadas cejas, en una oblicua interrogante.

—Pero... ¿qué espera sacar en limpio de ahí?

—Dos terceras partes de los nombres aquí reseñados son clientes habituales que reciben envíos regularmente por la línea para la cual trabajaba hasta hace dos días. Ésos, por tanto, hay que desecharlos —explicó Kane, dando dos leves golpecitos sobre el papel con un lápiz estilográfico—. Queda entonces una tercera parte de consignatarios eventuales, entre los que hemos de adivinar a cuál de ellos iba destinado el paquete... o lo que fuere.

Deslizó el lápiz por el papel, marcando al margen de algunos nombres una especie de aspa; al acabar, eran diecinueve las cruces sobre la lista. Acto seguido, sirvióse de una guía telefónica, en la que confrontó los diversos nombres señalados. Todos, excepto cuatro, se hallaban incluidos en la guía. Kane miró a la joven, con una chispa de malicia en sus ojos grises.

—Uno de estos cuatro es nuestro hombre, no cabe duda —expuso, posando su puño cerrado sobre el papel—. Quien emplea precauciones para recibir algo que ha costado la vida a dos hombres, no puede hacer uso de su nombre verdadero, y mucho menos de su domicilio habitual, hasta el extremo de estar referenciado en la guía.

La rubia examinaba fijamente a Kane, con cierto brillo admirativo en sus pupilas.

—Me hubiera gustado tener un hermano mayor como usted, Ben —dijo—. Puede que ahora no estuviera aquí.

El aludido apoyó ambas manos en la mesa, sosteniendo la mirada de ella. Con voz casi inaudible, musitó:

—De todas formas, hubiera sido una pena no llegar a conocernos.

Doris desvió sus ojos; luego, depositando su mano sobre una de Kane, dijo torpemente:

—Nunca podré perdonarme todo el perjuicio que le he causado.

—Olvide eso ahora, princesa; quizá, al final, me decida a darle los azotes que le hubiera podido aplicar su hermano mayor.

Salieron juntos, cogidos del brazo, mirando ambos en la lejanía, la aguja gigante de la catedral.

* * *

Comenzaron la primera de sus cuatro visitas, por la parte norte de la ciudad. Kane se hizo anunciar como empleado de la compañía aseguradora de

«Roussell & Co.»,

que estuviera investigando sobre las mercancías recientemente robadas.

En su entrevista inicial tropezaron con un tal señor Roberts, que esperaba dos libros de Salmos para obsequiar a su cuñada. En Negley fue un almacén de tejidos a cuyo dueño se le devolvían unos géneros. Tras la tercera visita a un viajante de artículos ortopédicos, en un hotel de la Calle 40, Doris comenzó a sentir flaquear su ánimo.

—Es inútil, Kane; esto es igual que buscar un determinado pez en el océano Pacífico. Ben abarcaba entre sus dos brazos la circunferencia del volante, como el náufrago que, a pesar de estar abrazado a un salvavidas, no viera aún clara del todo su propia seguridad.

—No hay que desanimarse; queda todavía un tal señor Davis, en Brownville. —Su acento estaba impregnado de tenaz resolución al añadir—: ¡Y aunque éste sea el director de un orfanato en espera de una remesa le biberones, sería capaz de visitar uno por uno a todos los destinatarios de la lista, hasta dar con nuestro hombre...!

Había ido subiendo el tono de su voz hasta enrojecerse la piel de su cuello.

A sus espaldas resonó el chillido cortante de una sirena, que hizo lanzar a Doris una exclamación ahogada. Una ambulancia pasó

junto a ellos, proclamando su urgencia entre el intenso tráfico. Ambos se miraron en expresivo silencio, respirando entrecortadamente; Doris, con las uñas, hizo un pequeño desgarrón en la tela de su abrigo.

Cruzaron con el vehículo el Monongahela River por el puente de Brady, deslizándose con todo género de precauciones hacia la parte sur de la ciudad.

Brownville resultó ser una especie de zona residencial, ya en las afueras de la urbe. Kane estacionó el coche en una avenida con árboles, y ambos hicieron el resto del camino a pie, en busca del domicilio referenciado.

Una fila de *bungalows* espaciados por amplios jardines, les condujo hasta la casa del señor Davis. Ésta parecía amplia, de una sola planta, cercada por un jardín abandonado, que destacaba notablemente de los de la vecindad. Las paredes desconchadas de la finca reclamaban, apremiantemente su revoque, tan necesario como el cambio casi total del tejado francés de pizarra, desmantelado en bastantes sitios.

Avanzaban por el sendero de piedras bordeadas de alta hierba, hacia la entrada, cuando Doris detuvo a Kane cogiéndole por un brazo.

—¡Mire la puerta! —gritó ella.

Ben siguió con la mirada su indicación, descubriendo con gesto asombrado una corona mortuoria, de largas cintas negras, colgada sobre el llamador.

Kane torció el gesto, sin apartar su vista del fúnebre adorno.

—Es fatalmente posible, princesa, que el señor Davis haya podido morirse del disgusto, al no recibir un paquete que esperaba de Philadelphia. —Lo dijo, en realidad, sin humor alguno.

Siguieron avanzando hasta la entrada, donde oprimieron el llamador. Oyóse repiquetear el timbre en el interior, aguardaron irnos breves instantes, percibiendo Kane la agitada respiración de la muchacha a sus espaldas. Nadie parecía acudir. Repitió Ben el toque, en esta ocasión más prolongado, obteniendo idéntico resultado que en un principio. Fue entonces cuando Kane apoyó su extendida mano sobre la puerta; ésta cedió unos centímetros.

—¡Está abierta! —Doris no pudo reprimir su temor al pronunciar esas palabras.

El hombre introdujo su diestra en el bolsillo, apretando la fría culata de su automática.

—Usted quédese aquí fuera, princesa —indicó quedamente—; esta visita me parece que es sólo para hombres.

La muchacha agarróse a su brazo, negando, obstinadamente, con la cabeza. El aludido se encogió de hombros resignadamente.

—Está bien. Lo más natural es que toda la familia esté de entierro.

Empujó la puerta, y entró seguido de Doris. El interior de la mansión ofrecía el mismo desolador aspecto que su fachada. Varios muebles desvencijados y sucios de polvo se hallaban distribuidos de manera arbitraria. Adivinábase un tresillo cubierto por unas fundas blancas, y un reloj de pared con el péndulo inmóvil, tenía sus agujas paradas en las diez y cuarto.

El silencio continuaba siendo absoluto; Kane, con la mujer cogida a su chaqueta, atravesó la sala en dirección a una puerta de sucios cristales, que parecía comunicar con el resto de las habitaciones, encontrándose ante un cuarto de dimensiones parecidas al anterior, con una gran lámpara colgada del centro. Aquí, la totalidad de los muebles aparecían revestidos con fundas negras.

—¡Mire, Kane, hay luz! —exclamó la rubia.

Por el recuadro de una pequeña puerta, a la derecha de ellos, se filtraba una luz oscilante, mortecina y amarillenta. Ben, seguido de la joven, avanzó hasta la entrada. Doris dejó escapar un pequeño chillido.

En el centro de la habitación, desnudas las paredes y sin mobiliario, se hallaba un féretro destapado. La luz de cuatro cirios iluminaba en su interior la figura de un cadáver.

Kane dio dos pasos en dirección al catafalco y Doris, convulsa por el terror, le detuvo asiéndole por una manga. Con el dedo tembloroso señalaba hacia la caja, gimiendo con voz despavorida:

—¡Es él, Kane! ¡El hombre gordo a quien llamaban Hoaggy!

Kane hizo por tranquilizarla dándole unas palmadas afectuosas, sin dejar de mirar al hombre de cráneo abultado y enorme papada, que parecía reposar, en su último sueño, cruzado de manos en el ataúd.

Doris temblaba con ostensibles movimientos nervosos. Kane

volvióse, hacia ella, posando las manos en sus hombros.

—Vamos, no se asuste, Doris; salga y espéreme fuera... Súbitamente, ocurrió algo inesperado.

—¡Buenos días, señor Kane! Le estábamos aguardando.

Las últimas palabras quedaron casi ahogadas por el indescriptible grito de terror que lanzó la joven. Kane giró rápido, paseando infructuosamente la mirada por la cámara mortuoria; luego reparó en la cara de Doris, desencajada por el pánico.

Miraba al hombre del ataúd que, con los ojos abiertos y una extraña sonrisa en su cara, contemplaba a Benjamín Kane sin parpadear.

CAPÍTULO VI

Trascurridos los primeros instantes de estupor, Kane sacó tranquilamente la mano del bolsillo, empuñando su pistola, con la que apuntó al «cadáver».

—Vamos, señor Hoaggy, levántese de ahí; es una fea costumbre el recibir a las visitas acostado —dijo socarronamente.

El falso finado, incorporóse trabajosamente sobre sus codos, haciendo oscilar sus grasientas papadas de perro dogo, como un pellejo relleno de manteca.

—Por favor, joven —soltaba una extraña risa, como si tuviera su abultada tripa rellena de maracas—, aparte esa pistola; podría dispararse, y no quisiera ser el único cadáver de este mundo que hubiera entrado en un ataúd por su propio gusto.

Redobló su risa, oscilando sus adiposidades como si su cuerpo fuera de gelatina.

Por la puerta del fondo hicieron su entrada en la habitación varios hombres armados, que rodearon a la pareja, en abanico. Kane pudo reconocer fácilmente en ellos, a los autores del atraco en la carretera, dos noches antes. Extendió los brazos hacia delante, comentando con forzada alegría:

—¡Bien, muchachos, ya estamos todos! ¡Lamento no tener otro camión a mano con que obsequiarles!

El pistolero de color ictérico se adelantó hacia él pidiéndole la pistola con un gesto significativo. Kane se la volvió a guardar en el bolsillo, farfullando entre dientes:

—Tendrás que cogerla, matón, si es que eres capaz de hacerlo estando yo vivo.

El aludido contrajo el rostro salvajemente, y esgrimió su arma con intención de abalanzarse sobre Kane, cortándole en seco la voz

gangosa y divertida del que estaba en el féretro.

—Vamos,

O'Marra,

no molestes al señor, que ha venido de visita. —Y añadió, con acento que pretendía ser admirativo—: ¡Es usted magnífico, señor, sabe hacerse valer como una persona inteligente! ¡Nos vamos a entender maravillosamente, señor; lo preveo, ya desde este momento! —Volvió a reír como una corneja, interrumpiéndose de repente para dirigirse al jovencito de rostro afectado, único de los cuatro hombres que no parecía armado—. Dacio, querido, ayúdame a bajar de este fúnebre lecho...

Acercóse el joven, andando con pasos menudos. A la luz de las velas, la brillantina brillaba en su rizado pelo, como si hubiera tenido sumergida la cabeza en una tinaja de aceite.

El gordo sacó dos piernas cortas y abultadas, semejantes a dos conos empotrados debajo de la barriga, pisando el suelo con patente satisfacción.

Doris se apretaba junto a Kane como un pollo recién nacido a una gallina clueca, mirando temerosamente el conjunto de hombres que les rodeaban.

El hombre gordo se abrió paso hasta Kane, arrastrando los pies, que parecían sostener dificultosamente su grasiento cuerpo. Se mantenía cogido del brazo del jovenzuelo.

—Por favor, señor, pasemos al otro cuarto. Nuestro encuentro bien merece un buen coñac... —Contuvo su empalagosa elocuencia al reparar por vez primera en Doris, y tendió hacia ella una mano blanca y gordezuela—. ¡Pero si es nuestra amiga...! ¡Vive Dios... y no la había reconocido! Ésta sí que es una doble sorpresa... una joven inteligente y un joven inteligente ¡Buena pareja!... ¿Qué más puede desear un viejo romántico y sentimental como yo?... ¡Me gusta que la juventud se quiera, sí, señor!

Kane le miraba con toda la intensidad de sus fríos ojos grises. La muchacha retiró su mano de la del hombre gordo, como el que saca el brazo de una cloaca.

El falso difunto señaló, ceremoniosamente, en dirección a la otra sala, con la soltura de un perfecto anfitrión.

—Ustedes delante, por favor... Shmichdy, cede el paso a los señores...

El pistolero de cara de raposa hízose a un lado, sosteniendo la mirada en la figura de Doris; al pasar esta junto a él silbó entre dientes como lo haría una boa.

Hoaggy se dejó caer en el enfundado diván de la sala, con una trepidación general de todos sus tejidos, tomando asiento junto a él el joven de cabellos ensortijados. Kane y Doris se acomodaron cada uno en una butaca frente a frente, a ambos lados del hombre obeso. El bajito de los lentes puso una botella de coñac y tres copas sobre una mesita que se hallaba ante el tresillo. —Gracias, Potter—. El de las gafas hizo un gesto sumiso—. Bien, señores, bebamos primero. El licor debe presidir los grandes acontecimientos.

Escanció las tres copas, y alzó la suya con gesto solemne.

—Por un común entendimiento —dijo, arrimando el cristal a sus labios húmedos y redondos, para beber un sorbo.

Kane, vaciando la suya de un solo trago, no apartaba sus ojos expectantes de la cara del otro.

—¡Bravo, es usted un buen bebedor, señor...; otra magnífica condición a su favor! —Volvióse Hoaggy hacia el jovencito, diciendo con su voz gangosa—: Dacio, querido, vuelve a llenar la copa de este caballero...

El joven alargó la mano con intención de cumplir lo ordenado, pero Kane le atajó dándole un papirotazo. Y Dacio dio un chillido, saltando hacia atrás, en el sofá, acariciándose la mano con gesto lloroso.

—¡No quiero que toque mi copa! —gritó Kane—. ¡No quiero que toque nada... me pone nervioso su olor a perfume!

El gordo, entornando sus párpados acuosos, hacía oscilar las bolsas de sus ojos como el buche de un pelícano. Pese a sus palabras corteses, su voz carecía ahora de inflexiones amables.

—Por Dios, que es usted alterable, Kane... todo un carácter.

Kane depositó su copa sobre la mesa con un golpe seco, partiéndose el frágil cristal por su base.

—¡Al diablo con tanta paparrucha, Hoaggy! ¡Esto no es la Sociedad de Naciones ni yo tengo los planos de ninguna bomba atómica!... ¡Desembuche de una vez y suelte qué es lo que quiere de mí, sin historias, pero diga a sus matones que se larguen al retrete con todo su arsenal de pistolas! ¡Me dan náuseas... no puedo mirarles sin sentir deseos de hacerles tragar las encías! ¡Me ponen

frenético!...

O'Marra

pareció por un momento que iba a apretar el gatillo. El dedo le temblaba bajo la recámara, y sus labios daban pequeñas sacudidas como un ligero tic nervioso.

Hoaggy dirigióse a él en tono de mando.

—Vamos,

O'Marra,

deja eso y no inquietes al señor. Comprendo que esté molesto; lo de la otra noche fue lamentable por ambas partes... pero ya está olvidado, ¿verdad, Kane?

—¡Una...! —bramó el aludido.

O'Marra

temblaba de ira en el centro de la habitación. Apuntando su arma con dirección a Kane, chilló rabiosamente:

—¡Me está buscando... a mí nadie me habla así, y menos este...!

Dijo una palabra ofensiva que hizo cambiar de color a Ben hasta el lóbulo de las orejas. Doris se interpuso cuando él, con los dedos engarfiados en ambos brazos da la butaca, intentaba levantarse.

—¡Por Dios, Ben, déjale... te matará...!

Kane, medio incorporado en la butaca, contuvo su impulso mirando fijamente a la muchacha, y Hoaggy aprovechó la ocasión para intervenir.

—Por favor, señor, creo que es usted quien está dificultando esta amistosa conversación...

Kane, ya levantado, situóse ante el hombre gordo con la mesita por medio. Con el dedo rígido señaló hacia su tripa.

—¡No sé qué quiere usted de mí, Hoaggy; pero sí me doy cuenta de que por algún motivo que yo ignoro, me desea vivo! Hablaremos; pero como a mí me dé la gana, si es que tiene interés en sacarme algo del cuerpo... ¡Diga a sus matones que guarden sus revólveres, o les obligaré a usarlos... y le aseguro que con el ataúd de ahí dentro no va a haber bastante...!

O'Marra,

con la pistola empuñada firmemente, sonreía ahora dilatando los agujeros de su nariz brillante y amarilla. Movía los labios descriptivamente, pronunciando algo que Kane no llegó a entender. Hoaggy, llenando la nueva copa, depositada por el hombre de los

lentes ante Kane, dio por concluida la tirante situación. Su voz volvió a ser suave y empalagosa como antes.

—Por favor, señor; acabemos de una vez con esta enojosa situación. Y vosotros guardad esos detestables objetos. —Sus prosélitos obedecieron indiferentemente, con la sola excepción de O'Marra,

que al fin, introdujo su mano en el bolsillo, interpretando la orden a su manera. Hoaggy prosiguió—: Y bien, señor, ya ve que estoy bien dispuesto a complacerle; espero sabrá tenerlo en cuenta.

—¿Y si no? —interrogó Kane.

El gordo hizo un esfuerzo para izar la estructura grasienta de sus hombros. Sus ojos pequeños y redondos brillaban malignamente.

—¡Ah, señor...! ¿Por qué futurizar...? Ésta es una conversación de negocios...

Ben sepultaba distraídamente su mirada en el fondo de la copa, como si se contemplara en un espejo.

—Comprendido. Un negocio que en el mejor de los casos puede tener como recompensa el ataúd del cuarto de al lado. —Hizo Kane una exhibición de dientes, a modo de sonrisa dedicada al hombre gordo—. Me halaga mucho, Hoaggy; ésta es una atención postrera que no tuvo para mi compañero Harry, ni con el larguirucho Freeman.

Su obeso interlocutor abrió con un respingo sus redondos ojos, mostrándose exageradamente sorprendido. Luego empezó a sacudir su cuerpo, lanzando una fuerte y prolongada carcajada.

Kane estuvo aguardando, impasible, hasta que el otro fue apaciguando, en sucesivas etapas, sus espasmos de hilaridad, para al fin, cesar del todo el trepidar de su sebosa papada.

—¡Tiene usted unas respuestas sorprendentes! —Se enjugaba con un pañuelo perfumado sus abundantes lágrimas—. Así, pues, cree que tanto Freeman como su compañero Harry, deben su desdichado final a mí, más o menos personal intervención...

Dejó escapar esta vez una menuda risita, frotándose la transpiración de su congestionado rostro con el pañuelo que olía a incienso.

Kane hizo rodar su copa entre las palmas extendidas de sus manos.

—De pequeño, vi una vez dos muertos por sarampión; puedo

asegurarle que esos otros dos a que nos referimos, tenían muy diferente aspecto.

—Y bien... ¿por qué supone que los maté yo...?

Kane plegó hacia dentro su labio inferior, como si meditara algo; luego dijo:

—Conforme. Vamos a suponer que ése es uno de los lados malos del negocio... ¿Y el bueno?

—Claro, señor, eso es razonar con sensatez, abordando el único lado que, posiblemente, nos interesa.

Introdujo su mano en el bolsillo interior de la chaqueta, sacando un sobre blanco, húmedo en sus extremos por el sudor. Después de abrir la solapa, extrajo un pequeño montón de billetes, apartando varios después de contarlos.

—Ésta es, mi querido amigo, la única solución interesante. —Depositó el dinero sobre la mesa, a varios centímetros de las rodillas de Kane, añadiendo con voz engolada—: Cinco mil dólares, señor, en billetes americanos, base en que se fundamentan las mejor cimentadas razones de este mundo.

Kane volcó displicente el resto de su coñac sobre los esparcidos billetes.

—Yo estoy muy contento con el actual Presidente. Puede encargar a otro que lo mate.

—Se equivoca, señor, no se trata de matar a nadie —musitó Hoaggy, haciendo brillar sus ojos nebulosos.

—Usted me da algo que tiene en su poder, y yo, en generoso cambio, le doy los cinco mil dólares.

Ahora fue Kane el que estalló en una mordaz carcajada.

—¡Qué chiste! ¡Primero me roban la carga, y seguidamente como no tienen dónde meterla, me hacen una oferta para comprarme el camión...!

—Sabe a qué me refiero. —El tono de Hoaggy era fatigoso y ronco—. Un paquete, un pequeño paquete que no encontré en el camión, es lo que me interesa.

Guardó silencio mirando a Kane a través de sus párpados semicerrados.

O'Marra

jugaba con la pistola metida en el bolsillo, sin desviar sus ojos del rostro de Kane, moviendo los labios febrilmente, como si hablara

algo. El vaquero, a falta de pistola, jugaba con un níquel entre las falanges de sus dedos, trasladándolo de un lado a otro de la mano. Sólo Potter, el de los lentes, parecía tranquilo, con los brazos caídos a ambos lados del cuerpo, mirando estúpidamente al centro de la habitación.

—¿Para qué...? —preguntó Kane.

—¿Para qué, qué... señor?

—El paquete. Para qué lo quiere, y por qué vale para usted, más de cinco mil dólares.

—Quiere decir con esto, que usted lo tiene, ¿no, señor?

—No quiero decir más de lo que he dicho, Hoaggy... y literalmente eso se llama una pregunta.

El hombre gordo extendió el pañuelo, para después arrollarlo a su cuello empapado, como si fuera una compresa.

—Si tiene usted en su poder el paquete, ha de saber sobradamente qué es, y la utilidad que quiero darle. La verdad, empiezo a dudar de que sea usted un hombre inteligente, pero le haré una última proposición.

—Arrojó otro sobre sin abrir, sobre la mesita, que fue a reunirse con los billetes mojados de coñac. —Diez mil dólares en conjunto, señor. Suma que jamás ha tenido usted ocasión de poseer. Es mi última oferta, señor... por el lado bueno.

Calló, enfocando de lleno su mirada en Kane con hipnótica atención.

—Es usted un mal negociante, Hoaggy. —Kane hablaba reposadamente—. Ha abordado usted el asunto empezando al revés. Vamos a suponer que yo tuviera el paquete... ¿para qué quiero sus diez mil dólares? Y si me apura, ¿para qué quiero un millón? Sus posibilidades de negociar conmigo quedaron bastante limitadas el día que entre la policía y yo colocaron dos muertos... —Fue alzando, progresivamente, el tono de su voz—. ¿Cree que me dejarían utilizar su dinero en la cárcel del Estado?

—Mi querido señor, éstos son asuntos de su incumbencia y... Kane atajó al hombre gordo poniéndose en pie bruscamente.

—¡Asunto mío!, ¿eh? Está bien, señor —dijo, remedando al otro—, iré entonces a reclamarle a míster Davis...

Los labios del gordo florecieron en una suspicaz sonrisa.

—¡Vaya con nuestro amigo Benjamín Kane...! Va a resultar que

hasta sabe quién es nuestro misterioso míster Davis.

—¡Por qué cree que estoy aquí! —chilló el aludido—. ¡El paquete venía a nombre de ese fulano, con esta dirección! ¡Si usted fuera míster Davis no hubiera salido a recogerlo a mitad de camino!

Hoaggy volvió a hacer uso de su empalagosa voz, festejando las palabras del otro.

—Dice usted bien, señor. Yo tenía que hacer la oferta a su compañero Harry, antes que el paquete saliera de Philadelphia; pero su amigo faltó a la cita, y tuve que improvisar sobre la marcha. Quizá fue el mismo míster Davis quien se encargó de impedir nuestro encuentro. Pero míster Davis no está aquí para aclararnos su personalidad, ni creo que haya estado jamás en este sitio más de diez minutos seguidos. Es una pena que en su lugar sólo hayamos encontrado un ataúd; no cabe duda de que míster Davis es un sujeto extravagante.

—¿Quién es míster Davis? —interrogó Kane.

—No lo sé, señor, ni me importa. Yo, sólo deseo el paquete facturado a su nombre, porque creo que él tampoco lo tiene en su poder. Usted, según mi criterio, es quien tiene más probabilidades de ocultarlo, y dada su delicada situación, creo que no dudará entre los diez mil dólares o caer en manos de la policía.

Kane dio una patada a la mesita, volcando el coñac y las copas, que fueron a hacerse añicos al chocar contra el suelo. Hoaggy contemplaba impasible al hombre, cuando éste gritó irascible:

—¡Usted quería una amigable conversación de negocios; pues bien, Hoaggy, ahora me toca a mí hacerle una oferta! Puede que no ande equivocado, al suponer en mi poder el paquete que usted quiere, puede. Pero será algo más que dinero lo que usted me dará a cambio; ¡quiero al ejecutor de la muerte de Harry! ¡Piénselo bien, Hoaggy, mañana a esta misma hora volveré por aquí, y le aseguro que me tendrá el asunto resuelto, o nos iremos todos al diablo!...

Hoaggy semejaba un pequeño buda de la felicidad, con las manos cruzadas sobre su abultado vientre, y la cara distendida en amplia sonrisa.

—Creo que apura usted lo ventajoso de su posición, señor —dijo melosamente—. Para volver mañana, primeramente ha de poder salir hoy.

—Saldré hoy, porque a usted le conviene. Del resto de las cosas

ya hablaremos mañana.

Hizo levantar a Doris, que se aferró a su brazo con temor, mirando, alternativamente, a los ocupantes de la habitación.

O'Marra

había sacado nuevamente la pistola, estirando su piel amarilla en una gozosa mueca. Shmichdy, apoyado en el quicio de la puerta que daba a la cámara mortuoria, continuaba haciendo bailar su níquel entre los dedos, iluminada extrañamente su media cara de raposa por el reflejo de los cirios encendidos; y Potter parecía haber salido de su ensimismamiento ajustándose las gafas con su mano izquierda. Sólo Dacio, encogido al lado de Hoaggy, permanecía asustado desde que Kane pateara la mesa.

—Bien

O'Marra,

deja pasar a los señores. Creo a míster Kane suficientemente inteligente para saber qué es lo que más le conviene —habló, al fin, Hoaggy.

Kane se dirigió hacia la salida, acompañado de Doris, sin que nadie intentara interceptar su paso. Antes de atravesar el marco de la puerta volvióse al gordo por última vez.

—¡Y recuerde, Hoaggy... puede que haya negocio, si usted me busca un culpable!

Al decir esto miró de reojo al pistolero enfermizo, que esta vez pronunció clara y despectivamente una palabra ofensiva. Kane lanzó un salivazo que fue a posarse a dos centímetros escasos de las suelas de sus zapatos. Al salir a la calle con la chica, ambos respiraron profundamente.

Recorrieron nuevamente el camino empedrado, sin volver la cabeza hacia la casa. A la luz del sol, Doris parecía doblemente pálida. Kane, intentando sonreír, estrechó entre las suyas una mano helada de la muchacha, transmitiéndole algo de su calor.

—Cuando hayamos salido de aquí, le explicaré que yo también estoy asustado. Ella hizo oscilar la cabeza incrédulamente, mirándole de forma admirativa.

—Usted no tiene miedo a nada, Benjamín Kane. Empiezo a considerarle demasiado temerario para desear que fuese mi hermano mayor...

Ahora, el hombre sonrió divertido. Andaban ya bajo los árboles

cogidos del brazo, bañados por los verticales haces de luz dorada que se filtraban a través de la enramada. Kane llevaba el mismo paso lento y seguro que si se hallara disfrutando de una excursión matinal.

—Ben, ¿por qué les hizo creer que tenía el paquete?

—Era la única forma de salir de allí, y ganar tiempo buscando al tercer principal intérprete...

—¿Míster Davis? —preguntó la joven.

Kane hizo un movimiento afirmativo, inclinando la barbilla.

—Sí, míster Davis. De momento podemos llamarle así.

Extrajo un cigarrillo, parándose en seco para encenderlo. Al lanzar la cerilla encendida hacia atrás, hizo un imperceptible movimiento de cabeza, mirando de reojo su hombro.

—No se vuelva, princesa; nuestro querido amigo
O'Marra

nos viene siguiendo.

Instintivamente, Doris se apretó más a su brazo. Kane, en vez de continuar el camino recto con dirección al automóvil aparcado, dobló por la primera bocacalle a su derecha, entre dos altas cercas cubiertas de ramaje; luego, se arrimó de espaldas al vallado, ordenando a la muchacha:

—¡Usted continúe caminando sin parar de hablar en voz alta... diga lo que se le ocurra... deprisa, vamos!

Quedóse en la misma esquina, mientras obediente, Doris caminaba sin volverse, hablando algo inteligible.

O'Marra

doblaba la esquina sin precauciones, confiado en la voz a distancia de la rubia, y Kane le atacó antes de que el otro tuviera tiempo de ladear la cabeza. El puño del conductor golpeo con potencia salvaje el estómago del pistolero, doblándose éste hacia delante, con una dolorida sensación de ahogo impresa en el rostro. Cayó de rodillas intentando llevarse la mano a la axila para empuñar su pistola, pero Kane le aplicó una fuerte patada en el estómago. El hombre se agitó en el polvo como el rabo recién cortado de una lagartija, saltando Kane hacia él para sujetarle ambos brazos contra el suelo, valiéndose de sus rodillas. Después, a horcajadas sobre el cuerpo abatido del hombre, estuvo golpeándole con los puños en la cara, hasta dejarle sin sentido.

Se puso en pie respirando con dificultad, y contempló la figura exánime a sus plantas, limpiándose la sangre de sus puños en la propia ropa del pistolero.

Doris, a su lado, le observaba pálida, con sus ojos azules desmesuradamente abiertos.

Kane abrió la boca en una sonrisa sin alegría.

—Sigue siendo la misma historia de hace dos días, con diferentes intérpretes —dijo, jadeante—. Se lo advertí a este matón. Esta vez ha sido por mí; la próxima será por la memoria de Harry.

Le costó poco esfuerzo arrastrar el cuerpo desvanecido de O'Marra hasta dejarlo respaldado contra la valla de madera. Luego, extrajo de la funda axilar del bandido una pistola con el cañón aserrado, que guardó en su bolsillo. Junto con Doris deshizo lo andado por el angosto callejón, para volver al coche. Mientras caminaba se reflejaba en su rostro la mayor satisfacción.

CAPÍTULO VII

El «Hotel Grant» es un edificio de apartamentos, junto al río Ohio, en la parte norte de la ciudad, bastante limpio en relación al precio.

En el registro, Kane se hizo inscribir como señor y señora Jones. Subieron en el ascensor hasta el séptimo piso, acompañados por el mismo viejo en mangas de camisa que les hizo la recepción.

El apartamento constaba de una sola habitación, con una cocina eléctrica empotrada en la pared, y un pequeño recuadro con una ducha y demás servicios indispensables. Por la ventana que daba al exterior, se divisaba un trozo de la inmensa armazón que sustentaba el luminoso vertical de la fachada.

Kane relajó sus hombros con indiferencia, sentándose pesadamente en la cama de matrimonio. Doris, apoyada de espaldas en la puerta, miraba al hombre con cierta reserva en su rostro.

—No me mire así —murmuró Kane—. Echaremos a suertes para ver a quién le toca dormir en la alfombra.

La joven avanzó sonriente, tomando asiento junto a él.

—Usted es el tipo de hombre en el cual puede confiar una mujer.

—Lo siento por la mujer.

Doris comenzó a reír con suavidad, quedando otra vez repentinamente seria.

—Tengo miedo, Ben. —Su tono era preocupado.

El aludido se levantó de la cama, dando a su compañera una afectuosa y suave palmada en la espalda.

—Usted lo que tiene es hambre. Demasiado ejercicio para un estómago tan pequeño. Fue hasta la puerta, diciendo:

—Voy a bajar por algunos comestibles y cualquier diario. Eche la llave por dentro, y no abra a nadie que no sea yo. Daré cuatro

golpes espaciados...

¡Ah!, y aquí tiene este juguetito de nuestro amigo O'Marra.

No vacile en usarlo si alguien pretendiera entrar. No tardaré.

Arrojó sobre la cama, al lado de la muchacha, la pistola que arrebatara al pistolero, saliendo seguidamente de la habitación.

Al regreso era portador de una bolsa grande de papel, de la cual fue sacando diversos comestibles para depositarlos sobre una pequeña mesa, al lado del hornillo.

—Recuerdo que en cierta ocasión, allá por Corea —rememoró— hubiera dado mis dos orejas por la mitad de lo que hay aquí...

—¿Y el diario, Ben? —inquirió la rubia, a su lado.

Kane prosiguió su charla, como si no hubiera oído la pregunta hecha por la mujer.

—Recuerdo un fulano de Topeka, que estando sitiado llegó a comerse una rata. Yo no lo vi, pero...

Doris introdujo una mano en el bolsillo exterior de la chaqueta de su compañero, extrayendo un periódico doblado antes de que él pudiera evitarlo.

—¡Vamos, princesa, será mejor que no lo lea! —hablaba persuasivo, mientras ella desplegaba las hojas extendiéndolas sobre la cama.

No tuvo necesidad de buscar mucho; en la primera página, Doris devoró, con ojos dilatados, el grueso tipo negro de unos titulares. Luego dejóse caer sobre el diario, con expresión angustiosa, en tanto que Kane intentaba inútilmente consolarla.

—Escuche, princesa; el día en que los periodistas dejen de escribir de esa manera, se arruinará una industria de miles de millones. El que a Freeman le asesinaran con la pistola que había en el apartamento de usted y que, además, tenía sus huellas, no quiere decir que en este mundo no existan unas prendas que se llaman guantes. Lo saben los niños que compran novelas de a centavo el kilo. Si los periodistas lo dijeran así, en vez de llamarla «La bella asesina» o «El monstruo de los ojos azules», no se creerían dignos de su profesión ni medrarían en ella. Todo se arreglará; le aseguro que falta muy poco para que yo aclare este maldito asunto... Confíe en mí.

La joven parecía que iba a romper a llorar de un momento a

otro, por lo que Kane, con resignado gesto, hizo que se tendiera en la cama, apoyando su rubia cabeza sobre la almohada, cubriéndola seguidamente con su abrigo.

—Descanse tranquila mientras yo preparo algo —dijo solícito— y llore si tiene ganas; creo que necesita desahogar un poco sus nervios.

Cuando Kane, por fin, acabó de calentar algunas conservas y preparar un bote de café, Doris se hallaba plácidamente dormida. No quiso despertarla. Corrió la pequeña mesa junto a la ventana, sentándose ante un vaso de papel encerado lleno de café; luego entornó los párpados como si fuera a dormir. Sólo quien le hubiera visto llenarse el vaso repetidas veces, habría percibido que Kane se hallaba pensando... y en guardia.

Un hormigueo proveniente del otro lado del cristal, seguido de una ráfaga de luz verde, vino a dar a entender a Kane que el luminoso acababa de encenderse.

Sin levantarse de la silla trató de desentumecer su cuerpo atrofiado, estirando ambos brazos y bostezando con lentitud. Mirando su reloj de pulsera comprobó que llevaba varias horas sentado. La oscuridad casi completa, era alterada por la luz intermitente del luminoso que se filtraba a través del cristal como el agua de una cascada.

La joven respiró entrecortadamente, empezando a moverse sobre la cama.

La silueta de Kane se recortaba a intervalos contra la luz verde proyectada por el neón.

—Buenas noches, princesa —dijo, desde su asiento.

Doris, incorporada a medias en el lecho, tardó breves momentos en identificar la estancia; luego, contrajo los hombros desperezándose con un gracioso movimiento, mientras hablaba a Kane con voz adormilada.

—¡Oh!... Me ha dejado dormir...

—Claro. Eso era lo que le estaba haciendo falta. Ahora siéntese aquí y reconforte su estómago; he dejado el hornillo enchufado para que la comida se conservara caliente.

Kane hizo girar el interruptor de la luz, protestando la muchacha débilmente.

—Lo siento, princesa, hay que poner la mesa.

Dispuesto lo necesario con la escasa vajilla que se hallaba sobre un pequeño estante, al lado del fogón, ambos tomaron asiento en las dos únicas sillas de que disponía la habitación. Kane volvió a apagar la luz, quedando nuevamente el cuarto en la penumbra de los espaciados luminosos.

Comieron casi en silencio, fumando, al final, un cigarrillo del paquete que también había comprado Kane.

El humo, al reflejo del neón, sembraba teñido algodón en rama.

—Excelente menú, Ben. Se aprecian en usted envidiables dotes de perfecta ama de casa.

El aludido contestó humorísticamente con la boca llena, de humo:

—Es una receta que aprendí de mi madre. Se compra una conserva, se pone a calentar... y luego se sirve.

Doris sonreía, mostrando el igualado esmalte de su boca.

—¿Su madre, era igual que usted? —preguntó.

—No sé —hizo un gesto indiferente—. A quien recuerdo es a mi padre. Se llamaba Benjamín, como yo, y no tengo idea de haberle visto jamás salir de casa diciendo que se iba a trabajar...

—Lo siento, Kane. Hablaba por decir algo.

—No se preocupe; ya dejé de llorar mi orfandad hace bastantes años —señaló despreocupado—. Hábleme de los suyos; no todos los padres han dado el mismo resultado.

La muchacha adoptó una actitud pensativa, jugando con la punta de su pitillo encendido en el borde del plato. Su acento era entrañablemente nostálgico.

—Son de un pueblecito de Georgia. Tenemos... tienen una pequeña granja con un manzano grande en la entrada, por donde se puede descolgar uno desde la ventana, sin riesgo de ser visto. Ése, por lo menos, fue el procedimiento que empleé para salir de allí. Ya hace algunos años. Evelyn será ahora una hermosa mujer con poca menos edad que yo, y hasta es posible que, al fin, se haya casado con aquel zanquilargo de Willy, que tocaba tan bien el Ukelele... — En un intervalo de luz verdosa, Kane pudo advertir los ojos de ella velados por las lágrimas—. Mis padres, quizá tengan el pelo más blanco y no anden tan erguidos...

Suspiró profundamente, y aplastó su cigarrillo contra el fondo del plato, volviendo después la cara hasta ocultarla a la vista de

Kane. Éste se levantó de la silla con un movimiento perezoso, y caminó hasta la cama.

—Le robaré su trono durante unos minutos, princesa —dijo lánguidamente—. Usted puede seguir hablándome, si lo desea.

El acento de la muchacha fue amargo al contestar:

—Eso es todo... mi biografía también ha terminado.

Kane, tumbado cara al techo, sobre la cama, seguía la trayectoria del humo expulsado en forma de caprichosos círculos.

—¿Cree que si volviera no la recibirían?

—Volveré el día que pueda hacerlo con un anillo en el dedo, y si es posible, con algún pequeñuelo que se rompa los pantalones trepando por el manzano...

Toda la habitación parecía hervir de nostalgia.

—Doris, ven aquí.

Tomó asiento junto al hombre en el borde de la cama. Kane extendió un brazo, rozando con sus dedos la mano de ella. Su voz era ronca, llena de viril decisión.

—No creo en la buena o mala suerte del individuo. Ignoro quién fue el tipo que dijo eso de la estrella que cada uno se hace a su manera, pero sí sé que tenía razón. Éste no es un mundo para tontos... Puede que yo esté metido en este lío por no haber sabido a tiempo romperle a Harry varias costillas; ahora él vivirá, y yo puede que estuviera tranquilo en otro empleo. Pero saldré de ésta. Mucho antes de lo que esperan algunos, saldré... saldremos los dos de este apuro... ¡maldito sea si no lo logro!

Apretaba entre sus vigorosos dedos la fina muñeca de Doris, como si intentara transmitirle todo su coraje y energía.

La muchacha le escuchaba en silencio.

—¡Mañana será un gran día, princesa! —prosiguió él, con vehemencia—. ¡Un día de sorpresas, buenas o malas, según la estrella que se haya buscado cada uno!

—Suavizó la voz para añadir: —Quizá la tuya tenga forma de anillo... ¿Me oyes, princesa?

Doris inclinó la cabeza hacia él, para decir suavemente: «Sí, querido». Y Kane, impetuosamente, la besó en los labios.

Ben se frotó la barba, y dijo orgullosamente:

—Así es como debe ser una barba de cuatro días. Negra, dura y espesa, como si hubiera metido la cara llena de pez, en un barril de clavos.

Ella, a su lado, en el espejo, se pintaba los labios. Los juntó hacia dentro, afirmando después, sentenciosamente:

—La barba es la barrera entre dos especies.

Kane, con la cabeza metida bajo el grifo, emitió su último parecer a este respecto.

—De acuerdo, cariño, pero aunque vaya en contra de la Naturaleza, considero que es un gran invento, ese de los barberos.

El sol comenzaba a penetrar por la ventana, poniendo de manifiesto el mal estado del empapelado de las paredes. Kane se sentó en la cama para calzarse los zapatos, cuando unos golpes dados en la puerta vinieron a interrumpir la operación.

Doris dejó de peinarse, asomando su cara asustada a la habitación desde el cuartucho de aseo. Él dijo un sonoro «va», poniéndose la chaqueta con premeditada tranquilidad, y abriendo después la puerta con la mano derecha metida en el bolsillo.

Era un ramo de flores, con una tarjeta de Hoaggy saludando a los «señores Jones». El viejo conserje hacía de mandadero con la esperanza de recibir un dólar que Kane, adivinándolo, puso en su mano.

—Bueno, princesa —dijo, después que el hombre hubo salido—. He aquí algo que esperábamos. «Con mis mejores deseos de que éste sea para ustedes un óptimo día. Hoaggy. P.

D. Encontramos

a

O'Marra

algo indispueto. Indiscutiblemente, el sol de este Estado, es a veces algo intenso». Hay que reconocer que este cerdo, tiene un notable sentido del humor.

Doris, todavía con el peine en la mano, vino a sentarse a su lado.

—Me da miedo ese hombre, Ben. Fija sus ojos de una forma extraña, como esos peces dorados y negros cuando miran a través de una pecera.

El la tranquilizó, besándola en la punta de la nariz. La pistola de O'Marra

describió un arco en el aire, cayendo sobre la deshecha cama.

—Voy a bajar a afeitarme, a comprar más cigarrillos y de paso a inspeccionar la calle —señaló con el dedo el arma semioculta entre el cobertor de la cama—. Aplícate el mismo consejo de ayer. No creo que tengamos ningún nuevo admirador capaz de darnos los buenos días con flores.

Salíó al pasillo, y caminó hacia el ascensor, abotonándose la chaqueta. Hubo de oprimir varias veces el timbre de llamada antes de que el elevador llegara a su altura, se introdujo en él, apretando el botón de descenso. Apenas había bajado tres metros, el camarín quedó parado entre dos pisos, apretando Kane con fastidio el botón repetidas veces.

Iba a tocar el timbre de llamada para caso de avería, con el fin de hacer notar su atascamiento, cuando sonó un disparo. El techo del ascensor se astilló al ser atravesado por una bala, que se incrustó en el suelo, a escasos centímetros de sus zapatos. Acto seguido, una serie de impactos hizo temblar la estructura de madera del elevador, cubriéndose el techo de orificios, en tanto que Kane saltaba como un mono loco dentro de la estrecha caja, dándose contra las paredes al intentar buscar inútilmente cobijo. El espejo de uno de los costados se partió en un estallido, saltándole varios trozos de vidrio a la cara. Luego, los disparos cesaron repentinamente, apoyándose Kane, silencioso, en un rincón del ascensor con la frente húmeda de frío sudor.

En la escalera se oía un ruido de voces entre asustadas y sorprendidas. Kane elevó los ojos al techo como si esperara una nueva lluvia de fuego, pero contrariamente a su temor, el ascensor reanudó el descenso, portando en su interior una viciada atmósfera de humo y pólvora.

Al tocar la planta baja, Kane abrió las puertas violentamente, lanzándose al exterior como si abandonara una cámara de gas. Tropezó con un grupo de personas que se hacinaban expectantes ante lo insólito del acontecimiento.

Una mujer, caída en el suelo presa de un ataque histérico, era atendida por el conserje y una dama de pelo blanco. Alguien tiró a Kane del traje, siendo asediado a preguntas. Soltó una inconveniencia, abriéndose paso bruscamente por entre el grupo que le rodeaba, y corrió escaleras arriba luciendo una pistola

automática en su mano.

Al pasar velozmente por el rellano del piso séptimo, pudo advertir fugazmente la figura de una mujer a medio vestir, con los brazos caídos a ambos lados del cuerpo. Cruzó junto a ella, gritando un «Ahora vuelvo, querida» para continuar su vertiginoso ascenso hacia el octavo y último piso.

La escalera terminaba en un amplio rellano con dos puertas que parecían conducir a las azoteas, una tercera a través de la cual se iniciaba la escalera de servicio, y por último un enrejado metálico encima exactamente del hueco del ascensor, donde finalizaba el trayecto de éste. La puerta enrejada estaba abierta, pudiéndose apreciar hacia abajo el vacío de los nueve pisos. A la derecha, un paso de medio metro escaso, llevaba hasta una plataforma de dos metros cuadrados, donde se divisaba el motor.

Kane bordeó con cuidado el estrecho sitio, pisando el espacio dedicado al mecanismo del ascensor lleno de grasa y suciedad. Estuvo examinando el suelo con atención, hasta descubrir, al fin, algo caído que atrajo su atención. Una revista de pequeño formato, dedicada exclusivamente a los coleccionistas de sellos. Estuvo hojeándola unos breves momentos, sonriendo después entre dientes. Acto seguido retrocedió sobre sus pasos, iniciando el descenso por la escalera de servicio. Al llegar al final vio a una mujer negra, con un pañuelo anudado a la cabeza, que colocaba ropa recién planchada en una estantería. Como la mujer siguiera de espaldas sin prestar la menor atención a su presencia, tuvo que tocarla en el hombro.

—¿Ha visto pasar a alguien por aquí?

No pareció extrañarse ante la pregunta, contestando a Kane, sin interrumpir su labor:

—Sí, señó... a pasao Melby, la cosinera. Scotty, ese botones que está siempre bailando, y...

—Me refiero a alguien que no fuera de la casa —atajó el conductor.

La negra paralizóse por unos instantes, entornando los ojos pensativamente para decir al fin:

—Sí; bajó una mujer del auto. Debía buscar a Ana, la encargada de la ropa. Las hay que siempre están protestando por el encaje de sus camisones.

Kane dio las gracias, alejándose con las pupilas brillantes, sin molestarse en preguntar a la mujer hasta qué punto consideraba natural en el hotel, el que la gente se levantara de mañana vaciando un cargador de revólver.

Inspeccionó la salida posterior a una calle sucia y solitaria, y volviendo sobre parte de lo andado, retornó al recibidor del hotel, cruzando una puerta de vaivén que daba a la conserjería.

El orden parecía restablecido a medias, ya que si bien la señora desmayada en el suelo no estaba en el salón, dos o tres curiosos examinaban el ascensor agujereado y lleno de cristales, con más atención que si posaran sus ojos sobre la «Liberty Bell^[4]». Se respiraba todavía olor a pólvora.

El conserje accionaba con las dos manos, explicando algo a un hombre gordo, vestido de marrón con un flexible color verde. Sane se aproximó a la pareja, preguntando al viejo en mangas de camisa:

—¿Usted hospedó ayer aquí, poco después de mi llegada, a una mujer vestida de luto? El interrogado miró hacia él, con el más vivo desagrado pintado en su rostro.

—No sé; puede que sí... He de advertirle que éste es un hotel decente, y nunca tengo líos porque yo no los admito... ¿comprende?

Kane asintió con un movimiento de párpados. El hombre del sombrero verde que le miraba con insolente curiosidad, levantó su mano izquierda para llevarse a la boca un puro deshilachado y brillante de saliva, que resultó estar apagado.

—Yo soy el detective del hotel —declaró solemnemente. Kane casi le volvió la espalda para dirigirse al viejo.

—Si cree que lo del ascensor forma parte habitual de mis ejercicios físicos matinales, está en un error. Por otra parte, yo no puedo evitar el que mi suegra crea que tengo secuestrada a su hija o algo por el estilo, y se empeñe en hacerme la raya a tiro limpio. — Con el pañuelo enjugó su rostro preocupado—. No es la primera vez que ocurre, pero mal que le pese a mi mujer, esta vez daré parte a la policía... ¡Ustedes han sido testigos!

El llamado detective dio dos prolongadas chupadas al apagado puro, poniéndose bizco para ello. Luego extrajo un encendedor alargado, de los empleados en el ejército, esparciendo humo a dos carrillos.

—Tendrá que identificarse, amigo —farfulló, mordiendo el puro

con sus dientes amarillos—. Seremos dos a demandar a su suegra por daños y perjuicios.

El «well» de Kane fue de un conformismo melodiosamente resignado. Palpó por encima los bolsillos de su americana, chasqueando la lengua con fastidio.

—Tendrá que subir a mi habitación; salía tan sólo a comprar cigarrillos, y me dejé arriba la cartera.

El otro exhaló un «okay» envuelto eh vapores de habano, e iniciaron ambos el ascenso por la escalera.

Ante la puerta de su habitación, Kane golpeó suavemente con los nudillos.

—Abre, cariño, soy yo.

El detective jadeaba sin soltar el cigarro de su boca, acusando su fatigosa respiración, la penosa subida sin la ayuda del ascensor. Se oyó descorrer el cerrojo, abriéndose la puerca para enmarcar la silueta asustada de Doris. El detective ladeó el puro en su boca, para empezar a decir un «Buenos días», que Kane cortó en la mitad, clavándole un puño en el esófago. El gordo dio mía arcada, expulsando el cigarro como un proyectil de aire comprimido, y marchando de ceniza las ropas de Doris. Luego, inclinó su cuerpo hacia delante, llevándose las manos al estómago como un novato en su inaugural travesía trasatlántica, rematándole Kane con un nuevo golpe en la nuca, que le hizo caer definitivamente al suelo sin sentido.

La joven, con los ojos desorbitados, miraba el bulto tendido a sus pies. Kane, apartándola suavemente, arrastró el cuerpo inanimado del detective dentro de la habitación.

—No pongas esa cara de susto, cariño. Pretendía ver mi documentación, y de ahí a la cárcel, el resto corría de su cuenta.

Hizo por depositar el cuerpo desvanecido sobre la deshecha cama y desistió de su intento, dejando al detective en el entarimado. Doris, presionándose con los dedos su labio inferior, contemplaba la maniobra con expresión hipnotizada.

—Bueno, da lo mismo que duerma un rato en el suelo —dijo Kane, con indiferencia—. Ahora lo que hemos de hacer, es largarnos de aquí cuanto antes. Cuando le encuentren, si antes no vuelve en sí, va a aumentar el número de policías que se interesen por echamos las garras encima.

Salieron al rellano, observando recelosamente a su alrededor. Al otro lado del ascensor, Kane abrió la puerta que conducía a la escalera de servicio. Doris tiritaba cuando él la cogió de la mano. Abajo, la negra del pañuelo en la cabeza, continuaba colocando ropa. Ben le dijo «adiós» al pasar, contestando ella sin volver la cara.

En el callejón apretaron el paso todo lo que Doris fue capaz; sólo después de recorrer varias manzanas, Kane aminoró la marcha.

—De momento pasó el peligro, princesa, pero habrá que andar con pies de plomo: esto no es Philadelphia, y a lo sumo dentro de dos horas la policía sabrá quiénes somos. Tenemos que actuar deprisa.

Doris asintió, apoyándose desfallecida contra un buzón de correspondencia. Kane la atrajo hacia sí cariñosamente, hablando con voz que pretendía ser despreocupada.

—Vamos, cariño. Hay que recoger el coche; dentro de él estaremos más seguros.

No obstante, sentía el inevitable desasosiego del ser que se sabe perseguido. Sabía que dentro de poco tiempo la policía le habría identificado, acechando a la vuelta de cada esquina como una jauría hambrienta...

No pudo reprimir un escalofrío. Advirtiendo que Doris le miraba de reojo, quiso sonreír, forzando una mueca que resultó ridícula, la joven temblaba como si tuviera frío.

Caminaron hasta el aparcamiento donde el día anterior dejaron su vehículo, sorteando para ello varias filas de automóviles estacionados.

Al doblar un cupé grande color cereza, ambos pararon en seco.

Frente a ellos estaba su coche... y apoyado en una aleta, alguien parecía esperarles con la cara tapada por un desplegado periódico.

CAPÍTULO VIII

Doris, asida fuertemente con ambas manos al brazo derecho de Kane, entorpeció la acción de éste tratando de meter su diestra en el bolsillo. El diario deslizóse de las manos del sujeto que aguardaba, mostrando al descubierto la cara enjuta y avariciosa de Shmichdy, el pistolero número dos de Hoaggy. Masticaba algo que debía de ser chicle.

—Hola.

—Apártese de ahí; me está ensuciando la aleta —fue la malhumorada respuesta de Kane.

El otro permaneció impávido.

—Hoaggy quiere verle.

Kane avanzó hasta pisar el periódico. Doris observaba sus espaldas a un metro de distancia.

—Iré a verle... cuando me dé la gana.

—Hoaggy quiere verle ahora.

—¡Yo no admito órdenes de nadie, iré luego! —Kan hablaba entre dientes, masticando las palabras.

—No; ahora.

Pudo advertir la mano del pistolero significativamente metida en el bolsillo de su trinchera. Doris situóse junto a Ben, comentando persuasiva:

—Vamos, querido; no es ocasión de andar ahora con disputas... Shmichdy remarcó esta idea dirigiéndose a Kane en tono insolente.

—Le prevengo, amigo: Yo no soy

O'Marra.

Tengo la piel tostada, y estoy acostumbrado a vérmelas con tipos peores que usted.

Tras de querer destrozarle con la mirada, Ben, sin decir palabra,

se introdujo con Doris en la parte delantera del coche. Shmichdy situóse a sus espaldas, y Kane maniobró en el volante.

Poco después repetían el recorrido del día anterior, hasta llegar al *bungalow* de «Mr. Davis».

—Vamos. —Shmichdy habló a Kane secamente.

Al hacer Doris intención de apearse, posó Kane una mano sobre su hombro.

—No; tú te quedas por aquí, dando vueltas con el coche.

Hablaba con expresión desafiante, mirando a la cara del otro. Shmichdy cerró la portezuela trasera con su mano izquierda.

Dijo suavemente:

—Ella también viene.

Los músculos del rostro de Blane se crisparon, tensándose su epidermis como la piel de un tambor. Antes de empezar a hablar, hizo una leve contracción hacia delante con los hombros.

—Escúchame tú ahora, «matamuertos»: he venido hasta aquí porque he querido, veré a Hoaggy por la misma razón... y ella se queda porque a mí me da la gana, o te obligaré a usar la pistola. Lo haya dicho Hoaggy o no, ella se queda... ¡y tócame un pelo de la ropa si es que quieres que luego ese buda gordinflón te despelleje vivo!

El pistolero pareció meditarlo un poco, encogiéndose al fin de hombros. No obstante su aparente indiferencia, su cara parecía más afilada al juntarse el pelo de su frente con las cejas arqueadas.

* * *

Hoaggy le recibió sentado en el diván con una copa de coñac en la mano. Dacio, a su lado, se pulía las uñas con una lima de mango color rosa, mostrando su pelo brillante e irreprochable como si hubiera tenido el especial cuidado de dormir sentado para no despeinarse.

—¡Felices días, señor! —rezongó el gordo, con su voz acaramelada—. Perdona que no me levante, considero su visita con entera confianza... a todos nos agrada verle de nuevo.

¿No es cierto, Dacio?

El aludido levantó la cabeza de su manicura para imprimir en su cara blanca un expresivo mohín de desagrado. Kane contuvo a

duras penas la tentación de darle una patada.

—¡Vamos al grano, Hoaggy; hoy no tengo ganas de músicas! Dígame qué cerdo de estos pudo matar a Harry y empecemos el trato.

Soltó el otro una risita menuda limpiándose los labios de coñac con las puntas de sus dedos, gordos como salchichas.

—El caso es, señor, que ninguno de mis amigos ha ultimado a su infortunado compañero. Me temo que la solución de eso tendrá que buscarla en otra parte.

—... Y usted el paquete, ¿dónde, Hoaggy? —amenazó Kane.

Shmichdy, apoyado en el quicio de lo que el día anterior estuviera decorado como cámara mortuoria, permanecía con su cara color de azufre, extasiado con gesto anormal como si pensara en algo apetente; en cambio a

O'Marra

no se le veía por ninguna parte.

La voz de Hoaggy atrajo nuevamente la atención de Kane.

—¿Qué quiere decir, señor?

—Quiero el nombre del asesino y de Harry, y veinte mil dólares. La mitad ahora y el resto a la entrega del paquete.

—¡Cristo, señor! ¡Siempre hay que esperar de usted lo más desconcertante! —Lanzóse el gordo a reír bruscamente, asociando Kane su risa sin saber por qué, con el agua en ebullición de una caldera—. Sin embargo, creo cae en esta ocasión va demasiado a prisa.

—Bueno. Usted, vaya a su paso, y pare cuando llegue a la cifra de veinte mil: puedo, si quiere, escribirle el número en un papel.

Hoaggy dejó de reírse, poniéndose repentinamente serio.

—Aunque estuviera dispuesto a complacerle, no tengo ese dinero.

Kane se llenó un vaso de coñac, sin que nadie hubiera hecho por invitarle.

—Tiene diez mil —dijo tranquilamente— exactamente la cantidad que le he pedido a cuenta.

—He dicho, «aunque estuviera dispuesto a complacerla»; añadiré (lamentando tener que contrariarle) que no lo estoy.

Kane sintió su cogote mojado de sudor. Fingiendo un aplomo que estaba muy lejos de sentir, clavó sus penetrantes ojos grises en

la adiposa figura del sofá.

—Diez mil dólares a cuenta —repitió a media voz— o pierde la esperanza de ver su anhelado paquete.

Hoaggy empezaba a tener la piel brillante y los ojos acuosos.

—Puede que yo fuera capaz de ampliar mi oferta, si usted fuera capaz de sacarse el paquete del bolsillo, señor.

Esta vez Kane tuvo que sonreír por fuerza.

—No me creará tan imbécil como para querer tener al mismo tiempo, el paquete y los dólares... Quisiera creer qué me durarían ambas cosas estando delante de ellos.

—Y bien, señor; ninguno de los dos se fía del otro. Eso tiene un mal arreglo. Kane adoptó la posición de dirigirse al gordo enérgicamente.

—¡Ambos hemos de ceder un poco, Hoaggy! Yo quiero el dinero y al culpable del asesinato que me achacan; lo necesito. Y usted precisa el maldito paquete... Tiene la seguridad de que, caso de no hacer trato con usted, caeré en manos de la policía. Yo no tengo ninguna seguridad de su parte, y quiero dólares y un nombre,... ¿comprende? Si no se aviene a razones, yo me iré al diablo, pero usted se quedará sin lo que tanto desea.

Calló, respirando alteradamente. El muchacho de la lima dejó de pulimentarse las uñas para dirigirse a Hoaggy.

—Yo creo que tiene razón, Hoaggy... —empezó a decir, con voz cantarina. Kane alargó su mano, estrellándosela en la cara con una bofetada.

—¡Tú cállate, comadreja, no necesito que abogues por mí...!

Dacio soltó la lima lanzando un grito agudo. Por vez primera desde que se entrevistaba con el hombre obeso, Kane advirtió en éste un gesto de cólera. Lanzó su copa contra la mesa, salpicándole los pantalones de licor.

—¡Siempre hace usted lo que más me disgusta, señor! —tronó, ahogando un acceso de tos.

Al mirar sobre su hombro pudo advertir Kane dos figuras casi tocando el sillón. Potter y Shmichdy manteníanse rígidos a su lado, casi echándole el aliento.

El gordo retiró de su cara congestionada, el pañuelo completamente empapado de sudor.

—Estoy de acuerdo con Dacio, al suponer que usted debe ser lo

suficientemente inteligente como para no pretender engañarme — dijo, al fin.

Extrajo el conocido sobre de su bolsillo interior.

Contra la superficie pulimentada de la mesita, cayeron diez billetes alargados, de color verde.

Ben tardó unos instantes en alargar su brazo; cuando lo hizo, cualquiera que hubiera reparado solamente en su gesto aburrido hubiese supuesto fácilmente, que estaba guardando propaganda electoral. Se puso en pie, sacudiéndose los pantalones.

—¿Y el nombre del asesino, Hoaggy? —inquirió solemnemente.

—Le repito que lo ignoro, señor. —Su tono era afilado como el corte de una navaja—. Mi trato se refiere sólo a dinero. ¿Cuándo me dará el paquete?

—Lo tendrá usted hoy. Está aquí, en Pittsburgh... pero antes tengo que hacer una visita.

—Aunque me considere usted un loco al entregarle los diez mil dólares, le advertiré que cada paso que dé en la ciudad estará vigilado. Si pretende engañarme, sentirá diez mil veces más el no haber sido apresado por la policía. Y cuídese, señor, de alguien que no le quiere bien.

Kane se quedó parado, al darse cuenta de lo bien informado que estaba el otro. Si aún no conocía el misterioso atentado del ascensor, sabía al menos que algunas personas deseaban verle muerto. ¿«Míster Davis»? ¿Otra banda? Bien, eso lo arreglaría luego. Lo principal, de momento, era salir de allí. Eso hizo, y además, sonriendo.

Ya en la calle, cambió de expresión, frunciendo las cejas con gesto preocupado.

Anduvo despacio, sin volver la cabeza, con la seguridad de que lo estaban vigilando.



Empujó la puerta y entró seguido de Doris
— *Caldauer*

... 201

Metió una mano en el bolsillo para cruzar dos dedos, invocando suerte.

Se detuvo en una tienda para comprar cigarrillos, pidiendo de paso un sobre y un sello. Escribió en él una dirección, introduciendo los diez billetes, y después de mojar con saliva el engomado, lo cerró, guardándolo en el bolsillo interior de su chaqueta.

Doris le esperaba, impaciente, en el coche.

—¿Qué ha pasado? —inquirió, mientras arrancaba el vehículo.

Kane encendía un pitillo en aquel momento, dando profundas chupadas.

—Hoaggy cree que tengo el dichoso paquete. Tuve que seguirle la corriente para poder salir con vida de esa cueva... Me dio diez mil dólares a cuenta.

La joven hizo un extraño visaje, mirando sorprendida a su acompañante.

—No me mires así, querida: soy yo el primer asombrado. O hice demasiado bien mi papel de negociante granuja, o esa bola de sebo se trae algo entre manos, que, de momento, no imagino qué puede ser.

Doris dijo «tengo miedo», espaciando las palabras como si también temiera ser sincera consigo misma, y Kane la atrajo hacia sí, rodeándola con un brazo, Rodaban por Boggs Avenue, sin rumbo fijo. Ben miró por el espejo retrovisor sin advertir nada anormal a sus espaldas.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó ella.

—Cruza por ese puente.

Atravesaron por el Smithfield Bridge, siguiendo recto por la calle del mismo nombre. En la esquina, frente al edificio de Correos, Kane la ordenó parar. Depositó el sobre con el dinero en un buzón, volviendo después al coche.

—Simple medida preventiva, cariño —explicó—. El que el dinero no lo lleve encima, es una especie de seguro de vida. Suponiendo que Hoaggy se dé cuenta antes *Jet* final, de que yo no guardo el tal paquete, tendrá que conservarme vivo si quiere recuperar sus dólares.

Un guardia de servicio ante el edificio postal, les miraba con indiferencia. Kane cambió de lugar para empuñar el volante, arrancando el coche más aprisa de lo normal. A Doris le temblaban las manos.

—¡No sé si podré resistir esto mucho tiempo, Kane, no puedo!

—Vamos, princesa, has de tener entereza ahora que estamos llegando al final... —La animó él.

Habían salido por Liberty Avenue, corriendo junto a la Pennsylvania Railroad. El silbido impaciente de los trenes vibraba

en el espacio con un eco agudo, como si el cielo gris fuera un enorme tímpano. Kane dijo algo de que, cuando era niño el silbido de los trenes le ayudaba a presagiar la lluvia; iba a llover. La joven dijo que sí, ausente por completo de las palabras del otro.

Torcieron a la izquierda, metiéndose en la Calle 21. Era una vía corta y poco concurrida, que moría casi al borde de los muelles del Alleghany River. Kane accionó el freno, dejando el motor en punto muerto. Encendió un cigarrillo parsimoniosamente, y tras de dar dos chupadas, introdujo éste entre los labios entreabiertos de Doris.

—En esta calle está el «Philately Bulletin», una revista que interesa sólo a coleccionistas de sellos... y puede que a alguien más. He de poner un anuncio para un tal «Míster Davis».

La joven abrió los labios para exhalar un repentino suspiro, consiguiendo que el pitillo, al caer, salpicara su falda de partículas encendidas. Kane estuvo sacudiendo su falda de ceniza antes de seguir hablando.

—Debes tener cuidado, querida; nuestro equipaje es muy limitado...

Doris refugióse en sus brazos y le besó. Kane notó que el cuerpo de ella se estremecía como los cachorros al ser sacados del agua.

Kane se apeó del vehículo, limpiándose la boca manchada de carmín.

El edificio del «Philately Bulletin», resultó ser una vieja casa de dos pisos con una nave anexa a su derecha. De su interior, brotaba el ruido característico de máquinas en funcionamiento. El letrero, con el nombre de la revista, se hallaba sujeto a la altura de las ventanas del segundo piso. Kane ascendió por una estrecha escalera sin ninguna ventilación, cuyas paredes reclamaban a gritos una mano de pintura. Empujó una puerta de muelles, revestida de cuero verde, donde un ovalado cristal opaco, lucía en negro, la inscripción «Oficinas».

Al otro lado de un mostrador de madera, dos mujeres, con el pelo gris y blusas abotonadas hasta el cuello, escribían a máquina.

—Quiero ver al director —dijo Kane, antes de que una de las mecanógrafas llegara ante él.

Improvisó una explicación, convincente en apariencia. Transcurridos cinco minutos le hacían pasar a un despacho cuadrado, con una mesa grande delante de una ventana. Todo era

antiguo dentro y fuera del edificio.

—¿En qué puedo servirle?

Detrás de la mesa se hallaba sentado un hombre calvo, de cara alargada y barbilla en punta, que a Kane le recordó un artista de cine cuyo nombre había olvidado. Tenía un bigote cuadrado y liso como césped; entre los dientes sostenía un puro.

Kane tomó asiento frente a él, antes de empezar a hablar.

—Quiero poner un anuncio en su revista —dijo.

El hombre apartó el puro de su boca, apoyando después los codos en los antebrazos de su butaca.

—Si sólo se trata de eso, el anuncio puede tomarlo ahí fuera cualquiera de las dos empleadas.

Su voz retumbaba de una forma extraña, como si antes de salir al exterior trepara por las cavidades interiores de su cabeza, formando eco en la base del cráneo.

—Sí, pero este anuncio es bastante interesante. Deseo que sea alguien importante, quien cuide su redacción.

El director del «Philately Bulletin» enderezó sus hombros con gesto indiferente, inclinándose hacia delante.

—Bien. Si es así... usted dirá.

Sobre la mesa, Kane depositó la revista hallada esa misma mañana junto al motor del ascensor. El otro le observaba intrigado.

—Quiero que sea, por ejemplo, así —señaló un recuadro donde un individuo de Aliquippa, anunciaba sellos variados, vendidos al peso—. Deseo que destaque; es para anunciar a un individuo, cuya dirección he perdido, que tengo un sello que tal vez podría interesarle... Tome nota, por favor.

El del cráneo pelado volvió a introducir el puro en su boca, sujetándolo con los dientes, dispuesto a atender el dictado de Kane. Éste estuvo meditando unos segundos con los ojos entornados, mirando a través de la ventana por encima de la calva reluciente de su interlocutor. Al fin, dijo:

—¿Listos? Ha de ser algo así como... «Míster Davis: tengo en mi poder el ejemplar por usted deseado —el otro escribía con la cabeza inclinada sobre el papel—... deseado. Punto. Escriba a la dirección de esta revista». —Hizo un alto indicando el final del escrito, añadiendo seguidamente—: Al final ponga las iniciales «B. K.».

El del puro dejó la pluma sobre una escribanía de mármol verde,

y leyó el texto redactado, sin quitarse el puro de los dientes. Cuando acabó, Kane hizo un movimiento aprobatorio con la cabeza.

—Bien; este anuncio no tiene nada de complicado —comentó el otro, soltando el papel para apoyar los brazos sobre una carpeta color verde—. Me alegraré de que llegue a encontrar a su amigo, y pueda hacer la transacción. He de advertirle que la revista no saldrá hasta el jueves... ¡Ah!, el importe de esto lo abona usted ahí fuera. —Abrió el cajón ante él, rebuscando entre papeles—. Poco más o menos le va a costar...

Kane, apoyado en el cristal pulimentado que cubría la mesa, contemplaba al otro con expresión perdida, como si pensara en algo más interesante que el anuncio, el hombre del puro, o el «Philately Bulletin».

El otro cesó en su búsqueda, indicando:

—Aquí está... como iba diciendo, le va a costar... ¡la silla eléctrica, míster Kane!

La «tarifa» que el hombre sostenía en su mano era de un azulado color metálico, con un cañón recto apuntándole a la altura del pecho. Los ojos de Kane recobraron de nuevo la luminosa vitalidad cuando dijo:

—Tengo mucho gusto en conocerle, «Míster Davis».

CAPÍTULO IX

El director del «Philately Bulletin» sonreía, apretando el cigarro habano entre sus incisivos, sin desviar la pistola de Kane.

—Me llamo Shanon, Joffrey Shanon, míster Kane. Dentro de breves horas tendrán ocasión de saberlo varios miles de ciudadanos. Para el director de una publicación, no está de más, de vez en cuantío, un poco de propaganda... Ha sido usted muy amable en venir hasta aquí, míster Kane, otorgándome el placer de entregarle a la policía.

Ben le miraba impasible, sin demostrar la menor preocupación por el arma que apuntaba hacia su pecho. Dijo, simplemente:

—Puede prescindir del anuncio, míster Shanon, creo que ya no es necesaria su publicación.

—¡Desde luego! No veo el interés que pueda tener para usted anunciarse en una revista sin importancia, cuando todos los periódicos del Estado publican la fotografía en primera plana.

Kane pudo advertir que el otro miraba de soslayo hacia su derecha. Ladeó su cuello en la misma dirección, advirtiéndole una pequeña puerta entornada, revestida con el mismo empapelado color verde de la pared.

—Antes de avisar a nadie, Shanon, quiero cambiar algunas palabras con usted.

Juntó sus piernas por debajo de la mesa, tratando de infundirse, a sí mismo la entereza que parecían traslucir sus frases. Shanon jugueteaba con la pistola como si dibujara ochos en el aire. No dijo nada, pero dio a entender que esperaba sus explicaciones.

—Esta misma mañana intentaron asesinarme en un ascensor, disparando desde el último piso. Se trataba de una mujer. En su precipitación, al sacar o guardar el arma en su bolso de mano, cayó

algo al suelo que, en la penumbra, no pudo advertir... —Golpeó con los nudillos el ejemplar del «Philately Bulletin» depositado sobre la mesa—. En su sección de anuncios fue donde descubrí algo que vino a llamar particularmente mi atención: una breve inserción, de un tal míster Davis, reclamando a H. L., un envío no recibido... Dicha reclamación no es normal, ya que dos filatelistas, una vez que han establecido contacto, mantienen correspondencia directamente, sin tener que gastarse tontamente el dinero en lacónicos anuncios. Un suelto en esas condiciones sugiere bastantes cosas, y no quisiera equivocarme al suponer que ese anuncio no ha venido de la calle...

El otro ya no sonreía.

—Por si eso le consuela, le diré que no tengo más interés por los sellos, que el que me puede proporcionar mi revista desde el punto de vista práctico. Y créame que siento lo del ascensor y todas esas increíbles historias que me ha contado: puede escribir un libro, si es que le da tiempo y tiene herederos.

Kane hizo un esfuerzo por mantener su voz dominante.

—Yo no le intereso a usted en la silla eléctrica, y menos cuando tengo algo en mi poder, en lo que también están interesadas otras personas.

La ceniza del puro cayó sobre la carpeta, como un copo gris de nieve. El hombre del cráneo brillante miraba a Kane con la expresión del que resuelve un crucigrama. El habano no tiraba.

—No me está usted proponiendo nada —dijo entre dientes.

—¡Necesito al asesino de mi compañero Harry y del camarero, además de saber quién intentó acribillarme en el hotel! ¡Son las únicas piezas del rompecabezas que me faltan, para probar mi inocencia a la policía!

—Y, ¿quién asegura que para demostrar esa inocencia de que hace alarde, no contará a la policía todo cuanto sabe... de algo que no les importa?

Kane negó con la cabeza.

—La policía no busca ningún paquete: busca a un criminal.

Shanon quitó con la mano izquierda el puro apagado de su boca, escupiendo una partícula de tabaco que fue a adherirse al mango de una plegadera color verde. Kane esperaba tan anhelante su respuesta, que no advirtió a tiempo la mirada del calvo por encima de su hombro. Shanon empezó a decir:

—Bien... Bien. Consideradas sus palabras... míster Kane...

Cuando el instinto le hizo sentir la presencia de alguien a sus espaldas, Kane no tuvo ocasión de volverse. Algo duro le golpeó con violencia en la sien, teniendo que agarrarse al borde de la mesa para no caer pesadamente de la silla. De rodillas, sobre una alfombra color verde, pudo precisar la tela negra de un vestido de mujer. Luego una nueva sacudida le recorrió el cerebro, notando que su cuerpo se sumergía flácidamente en un vacío denso y oscuro, como el corpiño de raso negro que oscilaba ante sus ojos.

* * *

Había estado pensando que se deslizaba por una profunda cuesta, asido al volante de un camión «Federal». La noche era cerrada como un telón de pez, luego los faros no lucían, y el aire al ser cortado en su loco descenso, le silbaba en los oídos hablando cosas extrañas sin que sus entumecidos músculos lograra frenar al vehículo. Al extender una mano abierta hacia delante, notó el frío contacto del cristal del parabrisas...

—¿Cómo se encuentra, Míster Kane?

Seguía en el mismo despacho de cortinas, empapelado y alfombra color verde, sentado en la misma silla y apoyado sobre la luna que protegía la mesa.

—¿Está ya mejor?

El hombre del cráneo brillante fumaba su puro encendido. La pistola no se veía por ninguna parte.

—Me quedé dormido, ¿eh? —musitó pesadamente. Shanon amplió su sonrisa.

—Algo parecido —dijo, por toda explicación.

Al pasar Kane su mano por la dolorida cabeza, pudo apreciar al tacto dos abombados chichones. La puerta forrada con papel de la pared, se hallaba perfectamente encajada. Ya no sentía el peso de su propia pistola en el bolsillo.

—¿De qué estábamos hablando, Shanon...?

—Ya lo he olvidado.

—Entiendo que no le ha interesado mi conversación.

—Puede que sí. Hasta puede que esté dispuesto a escucharle en otro momento...

Deslizó fugazmente su mirada sobre la puerta cerrada. A Kane, el dolor de cabeza le impedía pensar con lucidez.

—¿Quiere decir...?

—No quiero decir nada. De momento renuncio a la publicidad que podría reportarme su detención; quizá en su próxima visita sea usted portador de algo más interesante que un simple anuncio. Quizá incluso antes de que se decida a visitarme, sepa de mí... Este mundo es demasiado pequeño.

Kane se puso en pie con dificultad. El dolor de la cabeza se extendía con un hormiguillo de corriente eléctrica a todo lo largo de su cuerpo. Palpó sus bolsillos, buscando el arma.

—Me parece que me dejo olvidado algo —murmuró.

Shanon exhaló un limbo de humo, introduciendo el pulgar de su mano izquierda en la sisa del chaleco. Con la punta del puro, señaló la revista abandonada sobre la mesa.

—Sí; se deja la revista... Cultive su afición por los sellos, míster Kane; es un pasatiempo como otro cualquiera.

El aludido no hizo intención de insistir. Arqueando las cejas con gesto resignado, miró de reojo la puerta empapelada a su izquierda.

—Me gustan las damas enlutadas... Probablemente, pronto tendrá usted ocasión de presentarme una.

Salió del despacho cruzando por la antesala del mostrador, donde al entrar viera a las dos mecanógrafas. Ahora el lugar permanecía vacío.

Empezó a descender la escalera, acariciándose con los dedos su dolorido cuero cabelludo, e intentando poner en orden sus ideas, cuando un disparo seco, proveniente del piso que acababa de abandonar, hizo que se detuviera como electrizado. Los dos siguientes estampidos fueron casi seguidos, hasta el extremo de confundirse en uno solo. Luego oyó los chillidos histéricos de una mujer.

Kane sintió la saliva interceptada en su garganta, las frases lanzadas por la mujer continuaban todavía atronando su cerebro cuando en dos saltos, ganó la calle, aceleradamente.

«¡Han matado a míster Shanon...! ¡Auxilio: detengan a ese hombre!».

Corrió a lo largo de la calzada como si llevara ya tras sus talones, a todo un ejército de policías. Al llegar a la esquina de la calle una nueva sorpresa le aguardaba. ¡Tanto Doris como el coche habían desaparecido!

Pasó la mano por su cara empapada de sudor, apartando un mechón de pelo adherido a su frente. El pulso le temblaba ligeramente. Se aconsejó a sí mismo: «¡Serenidad; ya queda poco hasta el final! ¡No te derrumbes a última hora!». Sus manos eran firmes nuevamente cuando encendió un cigarrillo. Arrojó la cerilla sobre una mancha de grasa, que bien pudo haber caído del coche de Doris.

Guarecióse en el quicio de un portal, maldiciendo el reloj. Faltaban todavía bastantes horas para que empezara a oscurecer.

La sirena de un coche de la policía sonó a distancia; se presionó las sienes, como si hiciera de bisoño en los campos de batalla. Un sedán pintado de azul desembocó en la calle, frenando ante el «Philately Bulletin». A esa distancia pudo apreciar algo que rizó sus cabellos.

¡Howen y el teniente Dudley se apeaban en ese momento del coche azul de la policía!

Sintió flaquear sus rodillas, presa del mayor desaliento. Ambos policías debían haberse desplazado desde Philadelphia en avión, al ser identificados Doris y él, con motivo del incidente ocurrido esa misma mañana en el hotel.

Abandonó su escondite presurosamente, subiéndose las solapas de la chaqueta. Cada paso a sus espaldas, hacía que su corazón galopara furiosamente, como si quisiera antecederle huyendo en loca carrera. Naturalmente se sentía acorralado como un animal rabioso.

Dentro de muy poco, toda la policía de la ciudad andaría husmeando, rastreando inclusive hasta dentro de las alcantarillas.

¡Tenía que actuar con rapidez en beneficio de su propia vida!

Ahora, las dos empleadas de Shanon, darían detalladamente su descripción, suponiéndole a él, el asesino del director del «Philately».

Transcurrió un rato antes de que se serenara, maldiciendo contra su mala suerte.

Luego, meditó sobre la inexplicable ausencia de Doris.

En un café de la calle French tomó un *panqueque*^[5] y dos tazas de moka muy concentrado; de postre consumió su último cigarrillo, apurándolo hasta casi quemarse los dedos. Su rostro traslucía una pétrea serenidad cuando, tras de parar un taxi, dio la dirección del *bungalow* de Brownville.

Frente al chalet, anduvo la vereda de descuidada hierba, palpándose ion par de veces el bolsillo, como si esperara sentir el contacto de su pistola. La puerta de entrada estaba cerrada, pareciéndole a Kane, paradójicamente, menos atractiva, sin la corona mortuoria.

Fue a alzar el puño para llamar, cuando la puerta se abrió de repente, enmarcando una figura que empuñaba un revólver.

—¡Pasa, so...!

Por el insulto, atropellado y virulento, pudo Kane identificar a O'Marra;

un

O'Marra

con la cara tumefacta y llena de esparadrapos.

Al trasponer el umbral, el pie del *gángster* golpeó brutalmente el tobillo izquierdo de Kane, y éste cayó al suelo con el contenido bramido de dolor, como si sus pies hubieran sido segados por una cuchilla.

Kane oyó ruido de pisadas que corría sobre el *parquet* en dirección a ellos. Cuando al fin, pudo incorporarse sobre un codo, Potter y el pistolero de cara de raposa sujetaban con dificultad al histérico

O'Marra.

Hoaggy, de espaldas a él, contemplaba a Kane caído a sus pies.

—¡Por Dios, señor, que lamento lo ocurrido; el joven

O'Marra

es algo irritable!

El agredido se puso en pie encogiendo su maltratada pierna. Con la voz temblándole de rencor, dirigióse a

O'Marra:

—¡Te lo advertí, valentón... te mataré... te aplastaré la cabeza!

El pistolero contestó con un repertorio de soeces insultos, hasta que Hoaggy hizo el alarde portentoso de alzar su voz meliflua, por encima de las otras, con un gallo final propio de un atacado de

asma. Extendió los brazos como si fuera a emprender el vuelo, en ademán pacificador, tosiendo con el rostro congestionado por el esfuerzo. Tras de limpiarse la saliva que resbalaba por su barbilla, con el pañuelo que olía a incienso, tomó la palabra dirigiéndose primeramente a Kane.

—¡Calma, señores: no es ésta la ocasión de ventilar sus asuntos personales, ni a ninguno nos interesa hacer más ruido del debido!

—Encarándose con

O'Marra,

siguió—: Y tú,

O'Marra...

tu actitud me contraría y molesta. Debes controlar tus nervios o el día menos pensado tendrás un disgusto.

Su tono iba impregnado de amenaza. El aludido cesó de forcejear entre los brazos de los otros dos, arreglándose la americana sin soltar de entre sus dedos la pistola. Hoaggy volvió a hacerse oír con su voz empalagosa.

—Pero ¿qué hacemos aquí? Pasemos al salón, señor. No le esperábamos tan pronto... —indicó a Kane, con una mano, el camino que ya éste conocía sobradamente—. Por aquí, señor... Hay alguien que se alegrará de verle.

Ese «alguien» resultó ser Doris; sentada en el diván, a un metro escaso de Dacio, que empuñaba una pistola apuntándola, con la misma expresión que hubiera empleado para coger una serpiente pitón por la cabeza.

La joven saltó del diván para arrojarle a los brazos de Kane. Cada uno de los presentes buscó acomodo apoyándose en los rincones que parecían tener asignados. El gordo hizo crujir los muelles del sofá, tomando asiento al lado de Dacio, que sujetaba delicadamente la pistola con dos dedos, apuntando con el cañón hacia el suelo. Kane apartó a la joven de sí, apoyándose en el brazo de un sillón.

—Y bien, señor: veo que ha sido usted fiel a su palabra, cumpliendo lo prometido. —Hoaggy sonreía beatíficamente, con los dedos entrelazados sobre su vientre—. Por fin, decide traernos el paquete.

—No traigo ningún paquete. —Kane sorprendióse a sí mismo al oír su voz ahuecada y sorda.

—Habla usted en broma, señor.

Hoaggy había inclinado la grasa de su cuerpo hacia delante, poniendo ambas manos sobre sus rodillas. Los labios le temblaban casi imperceptiblemente, y su rostro adquirió un gesto entre lascivo y bestial. Todas las miradas convergían en Kane, sintiéndolas este clavarse en su carne como invisibles agujijones.

Habló de nuevo, con una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir.

—No me gustan las bromas, Hoaggy: el trato era de mutua confianza. Sobraba lo de traer a mi novia aquí en calidad de rehén.

El gordo trató de expresarse con amabilidad.

—Usted se aseguró con los diez mil dólares, y yo me aseguré con ella. Al fin de cuentas eso es lo que menos importa, señor; estamos perdiendo más tiempo del necesario en estúpidas discusiones. Olvidemos estos enojosos procedimientos, y ultimemos el trato de una vez. ¿Dónde está el paquete, señor?

—Ya me ha oído: no hay trato. Usted dio lugar a ello haciendo la suciedad de querer atarme una cuerda en la pata. No me gusta usted, ni su gente, ni sus procedimientos...

O'Marra

llegó, por detrás, hasta él, sin que Kane diera la impresión de haberlo advertido. Con la culata del revólver le golpeó en la sien, derribándole del sillón y dejándole a gatas sobre la alfombra, medio aturdido. Hoaggy no hizo nada en esta ocasión por defenderle.

—Creo que he llegado al límite de mi paciencia: conmigo no juega nadie, señor.

Nunca sonó más fría ni más cruel la voz del adiposo sentado en el diván. Kane, desde el suelo, divisó un cerco de piernas cerniéndose a su alrededor. Doris vino corriendo y se arrodilló a su lado, acariciándole el rostro.

—¡Ben, cariño, díles dónde está eso... te van a matar, amor, dilo... díselo!

Kane se apoyó en los hombros de la muchacha incorporándose con dificultad. Doris le rodeaba con sus brazos el cuello, besándole repetidamente en el rostro.

—¡Amor mío, dales lo que sea y vayámonos de aquí...!

El maltratado conductor, con la cabeza gacha, se tambaleaba asido a la joven como un borracho; los dos pistoleros y el menudo

Potter se hallaban a una distancia de tres metros. Pareció que Kane iba a perder nuevamente el equilibrio, cuando su cuerpo, encogido, púsose tenso de repente, lanzando a la muchacha contra el diván de un fuerte empujón, y cayendo tras ella. Dacio notó que la pistola le era arrebatada de la mano, disparándose casi en el aire. Schmichdy llevóse ambas manos a la cara golpeándose, al caer ya muerto, contra el respaldo del sofá.

O'Marra

buscó un resquicio entre la masa confusa del diván, esgrimiendo su revólver; su indecisión ante el temor de herir al grasiento Hoaggy con el que se parapetaba Kane, le fue fatal. El conductor apretó por dos veces su gatillo, y

O'Marra,

abrió mucho la boca como si fuera a cantar, cayendo de rodillas al suelo. El arma se le escurrió de los dedos al llevarse éstos al pecho para palpárselo con gesto atónito.

—¡Y usted no se mueva, Potter, o lo acribillo!

El aludido asintió con la cabeza, alzando las manos. Kane se levantó de detrás del sofá, donde yacían, revueltos, los cuerpos de Doris, Dacio y el sudoroso Hoaggy. Cacheó al gordo, sin apartar sus ojos del hombrecillo de los lentes.

—¡Vuélvase de espaldas! —ordenó a éste.

Potter obedeció sumisamente, extrayendo Kane de su bolsillo una automática de cañón corto, que arrojó al otro extremo de la habitación. Doris vino a su lado.

—¡Por Dios, señor, que acaba de hacer algo irremediable... serénese y seguiremos hablando!...

El gordo, tembloroso, se encogía en los almohadones como una tortuga en su caparazón. Chorreaba sudor por su rostro purpúreo, mirando en todas direcciones como un animal acorralado. Dacio apretábase contra él, escondiendo el rostro tras su espalda. Un salivazo de Kane fue a estrellarse en el pecho de Hoaggy.

—¡Cerdo seboso; sin tu corte de matones no eres más que una bola cobarde de grasa...!

Kane, moviendo su arma en abanico, dominaba toda la habitación. Doris posó su mano temblorosa en un hombro de Ben, lo que hizo sonreír a éste con sus colmillos de lobo. De un manotazo la apartó de su lado, diciéndole con voz silbante:

—¡Vamos, cariño, se acabó la farsa: ya no tienes necesidad de fingir más! Sé buenecita, levanta las manos, y siéntate en el diván al lado de tu jefe...

CAPÍTULO X

La joven avanzó dos pasos en dirección a él con expresión sorprendida, tronando nuevamente la voz de Kane, esta vez más amenazadora:

—¡Haz lo que te he ordenado, preciosa, o hundiré una bala en tu precioso cuerpo de serpiente!

Doris balbució, con acento lloroso:

—¡Pero... no hablas en serio... yo no tengo nada que ver con esta gente...!

—¡Claro que no, encanto! —Remedó él—. Tú eres una pobrecita muchacha escapada de casa por una ventana, con la ayuda de un manzano... y mucha imaginación ¡Siéntate; no quiero manchar la alfombra con más basura!

La rubia obedeció como un autómata. Kane permanecía de pie en el centro de la habitación. Por detrás del asiento de Hoaggy, sobresalían las piernas rígidas de Schmichdy.

O'Marra,

todavía con vida, había conseguido arrastrarse para apoyarse contra la chimenea, dejando en la alfombra un rastro bermejo. Sus ojos vidriosos contenían a duras penas un hálito de vida. En la sala, oíase únicamente el respirar agitado de todos los presentes.

—Señor, quisiera que me explicara...

—¡Claro que sí, Hoaggy; tendré mucho gusto en explicarle hasta qué extremo consentí que me tomaran el pelo!... ¡Cerdo idiota!

Doris intervino, con voz trémula:

—¡Ben, yo...!

—¡Tú eras la principal peón de esta partida... ya lo sé, cariño! —La otra negó débilmente con la cabeza, más él continuó, sin hacerle el menor caso—: ¡Qué maravillosa actuación la tuya, princesa... no

sabías nada, no conocías a nadie, y estabas asustada! —Sus ojos de halcón brillaban con extraordinario fulgor—. Asesinasteis a Harry, para apoderaros de algo que no tenía. Luego a Freeman; un charlatán que sólo podría proporcionar disgustos. Nada más fácil que avisar a tus Compañeros telefónicamente cuando yo abandoné el coche, comprometiéndote a ti aparentemente. De esta forma, y en calidad también de fugitiva, podrías ganarte mi confianza llevándote yo hasta ese maldito paquete que tanto horror está causando...

Doris se puso en pie, juntando suplicante las palmas de sus manos.

—¡Estás equivocado... te lo juro!

—¡¡Siéntate...!! —Ella volvió a hundirse en los almohadones. Kane prosiguió, con voz exaltada—: En el hotel te excediste un poco, encanto; pudiste matarme, dando al traste con todos vuestros planes. Al principio dudé si en el atentado te serviste de la ayuda de alguien más... y todavía hoy lo desconozco...

—¡Señor, yo creo...!

—¡Cierre el pico, Hoaggy, o tendré que salpicar de grasa las paredes...! —Kane respiraba profundamente, mirando de manera fugaz la forma abatida de

O'Marra,

desangrándose contra la pared—. La trampa de la revista filatélica fue demasiado sencilla para que yo la tragase entera. Shanon era de la banda; a nuestra ingenua amiga no le fue difícil, una vez allí, adelantarme por la parte trasera del edificio, y matar a Shanon cerrando más el cerco policial a mi alrededor, apurándome de esta forma a ultimar el trato y quitando de en medio un elemento que, por circunstancias que ignoro, les empezaba ya a sobrar...

—¡Yo no sé nada de todo eso que usted explica, Zane! —chilló, aterrorizado, Potter, con las manos levantadas sobre su cabeza.

El aludido hizo un ruido áspero con la garganta.

—Explíqueselo a la policía, cucaracha; tal vez le crean... Éste es el final, señores: la fiesta ha terminado...

—Todavía no, Benjamín: suelta la pistola.

La voz sonó a sus espaldas. Kane dejó caer el arma a sus pies, hablando sin necesidad de volverse. Su tono era sorprendido.

—Hola, Louise; no esperaba que te metieras en esto —dijo,

sereno.

Una figura enlutada atravesó la puerta, situándose a varios pasos de Kane. En su mano lucía una automática de pequeño calibre. Al echar hacia atrás su velo, dejó al descubierto una cara joven, que contrastaba con el color de su atuendo. Su pelo teñido de blanco, se anudaba en dos trenzas por encima de la cabeza, y su rostro empolvado no mostraba ninguna arruga.

—Tenía que ir detrás de ti. Hubiera ido hasta el final del mundo con tal de matarte... como tú hiciste con Harry, mi marido.

Hoaggy dio un suspiro entre sorprendido y aliviado, empezando a bajar las manos.

—¡Gracias a Dios, señora, que llega usted oportunamente para frenar a este loco...!

—¡Levante las manos, Hoaggy! —La voz de la enlutada iba impregnada de muerte—. Ya nos conocemos todos...; a mí no me hará usted traición, como a mi esposo...

Kane intentó reanudar su diálogo con la mujer, hablando con acento vacilante.

—¡Harry no te quería, Louise; juntos tú y yo hubiéramos llegado muy lejos!

—No, Benjamín Kane: tú no eres más que un asesino cegado por la codicia. Me embaucaste, te aprovechaste de mí sin amor de ninguna clase. Sólo querías saber qué era lo que Harry se traía entre manos, que le estaba reportando dinero. Hice mal en confiar en ti; cuando supiste lo del paquete, quisiste apropiarte del asunto tú solo. Mataste a Harry para arrebatarárselo, pero no contabas con que había otros interesados, además de Shanon, en poseer las planchas grabadas por los alemanes durante la guerra, con las cuales llenaron de dólares perfectamente falsificados todo el mundo. —Hizo una pausa para regular su alterada respiración, señalando con la pistola la figura temblorosa de Hoaggy—. Esta gentuza estaba de acuerdo con Harry para distribuir, una vez impresos, parte de los billetes falsos. Pero, como tú, no se conformaron. ¡Hubieran matado a Harry y a su propia madre con tal de conseguir las malditas planchas!

Hoaggy, manando agua como si cada poro de su pellejo fuera el caño de una fuente, intentó decir algo asfixiadamente. La pistola hizo un pequeño giro, apuntando su estómago, y por unos instantes

pareció que el hombre gordo fuera a desmayarse. El odio desmedido de la mujer, recayó nuevamente sobre la abatida figura de Kane.

—¡Quisiste hacerlo todo tú solo, dando ellos al traste con tus planes al asaltarte en plena carretera antes de que te hubieses podido deshacer del cadáver...!

Una bandada de cuervos en torno a un despojo. Tú, Benjamín Kane... tu maldad y codicia fue superior a fe de todos: tu locura culminó, deslumbrado por el reflejo del dinero,... ¡y mira el final, Kane!

Las manos de Kane, brillantes de sudor, temblaban en lo alto como si sus dedos rozaran un cable de alta tensión. La enlutada siguió hablando entre dientes, mordiendo cada frase.

—Erais una insaciable manada de fieras, en acecho del pobre Harry... pero fuiste tú... tenías que ser tú quien lo matara, su mejor amigo. ¡Eres un loco, Kane; un malvado y peligroso loco!... Hubiera sido mejor que no hubieses vuelto de la guerra; aquello trastornó tu Cerebro...

—¡La guerra continúa; continuará siempre, mientras haya mundo, porque existe el poder y la ley del más fuerte...! ¡El poder es el dinero!... ¿Me comprendes, Louise?... ¡Ser más fuerte que nadie! —Vibraba exaltado, desorbitadas sus pupilas por la excitación—. Escúchame, Louise; tengo diez mil dólares depositados en Correos, y las planchas guardadas en una caja de seguridad... podemos huir los dos juntos. Aquí quedan éstos y la chica para pagar los platos rotos...

—No, Kane —la voz de la mujer sonaba implacable—, no pagará nadie más tus canalladas. Eres tú quien debe morir... el único.

Doris contemplaba a Kane con la cara desencajada por el terror. Los otros tres hombres observaban en silenciosa cobardía lo inesperado de la acción que se estaba desarrollando. Doris ahogó un gemido, cubriendo su cara pálida con dos manos temblorosas.

—¡Dile que es mentira, Ben... dile que está equivocada! —gritó. La dama enlutada meneó la cabeza, apenadamente.

—No lo dirá... Por él engañé a mi marido y hundí mi hogar. Siempre acabé haciendo su voluntad... menos ahora, que va a morir.

—¡Louise, amor mío... yo siempre conté con tu persona! No

pude dar contigo, pero esperaba hallarte. Acuérdate de otros momentos; nuestros mejores tiempos... tú me querías. ¡Me sigues queriendo...!

—Ya no me engañas, Kane; ya no engañarás a nadie. He tenido la paciencia de escuchar oculta tu conversación. Asesinaste a Harry; hiciste creer a esta pobre chica que eras un inocente perseguido. Resultaba sarcástico el escuchar tus falsas acusaciones, llamando a los demás asesinos... Eres un enfermo mental capaz de obsesionarte hasta el extremo de llegar a creer tus propias mentiras. Pero éste es tu final... el final de todos. He avisado a la policía. No tardarán en venir por toda esta jauría hambrienta. Será una pena que no puedas verlo... porque estarás muerto. —En este momento su tono era sereno; sereno y afilado como el corte de una guadaña—. Por la prensa me enteré de lo del «barman»... fuiste tú, ¿verdad, Kane?

El hombre sudaba, respirando con dificultad; los músculos de sus brazos, señalando rígidos hacia el techo, daban pequeñas sacudidas.

—Tenía que hacerlo, Louise; ignoraba a quién iban destinadas las planchas. Sólo comprometiendo a esa mujer a mi lado, podría tener a alguien que me ayudara... necesitaba, además, un culpable para... lo de Harry.

—No contaste conmigo. El paquete venía destinado aquí, a esta casa que mi marido alquiló con un nombre supuesto. Luego Shanon lo recogería, para hacer en su imprenta los billetes. Por medio de su revista filatélica nos comunicábamos; fue una torpeza mía el perder el ejemplar que más tarde hallaste en el ascensor. Yo estaba con Shanon cuando tú llegaste; te golpeé por la espalda con intención de matarte, luego... Shanon lo impidió; él estaba también obsesionado por las cochinas planchas, hasta el extremo de que no hubiese dudado en entregarme a ti, pudiendo tú eliminar así un testigo que como yo sabía demasiado. Por eso le maté; era un perro que no merecía ni el ataúd que tenía aquí guardado para mandar escondidos al Sur parte de los billetes...

Una tosecilla ahogada brotó a un lado de la chimenea.

O'Marra,

con el último aliento de su vida, reía a través de sus labios manchados de sangre. Con voz casi inaudible, siseó:

—Díselo... Hoaggy... dile que... los bille... tes eran falsos...

Hoaggy tenía ahora el rostro color ceniza. Kane tensó los músculos de su cara en una mueca de desesperación y de rabia. La mujer a su espalda alzó la voz.

—¡Falsos!... ¿Has oído, Benjamín Kane? ¡Los billetes eran falsos...! —Rió histéricamente, para acabar quebrándose su voz en un sollozo—. ¿De qué te ha valido tu ambición... para qué has mentido, asesinado y robado, Kane? ¿Para qué?... Te creíste omnipotente, acaparando riquezas inexistentes... has enturbiado de sangre tu codicia desmedida... Dime, Kane... ¿para qué?... ¿De qué te sirve ahora?... ¡Éste es el final!

El hombre aprovechó su acceso nervioso para dejarse caer al suelo y empuñar su pistola. Las dos detonaciones se fundieron en una sola. La mujer dio dos pasos hacia atrás, mirando hacia Kane con cara espantada; luego las gasas negras de su vestido formaron un bulto informe sobre el suelo. Kane sangraba por el hombro; cambió de mano la pistola, todavía de rodillas en el suelo.

—Suelta el arma, Kane...

Una bala le atravesó el muslo, siguiendo la acción a las palabras. Kane arrojó por segunda vez su pistola, volviendo la cara con gesto entre asombrado y dolorido.

Doris, con el rostro bañado en lágrimas, empuñaba la pistola abandonada de Potter.

—¡Me has engañado, Ben!... ¡Nos has engañado a todos... nos has engañado...! Lloraba convulsivamente, agitando el arma humeante entre sus manos temblorosas.

Avanzó hasta Kane inclinado en el suelo.

El chófer, herido, sentía sus fauces desencajadas por el terror.

—Escucha, cariño... tenía que apaciguarla... estaba loca; iba a matarme...

Doris oprimió sus labios, accionando nuevamente el gatillo, y una bala atravesó el costado de Kane. Éste se incorporó tambaleante, volviendo a caer al intentar apoyar el peso de su cuerpo sobre la pierna herida. Se arrastró hasta la puerta de salida, gritando:

—¡No... no tires... Doris, amor mío... no tires...!

Sintió una punzada ardiente como si fuera a estallarle el pulmón derecho. Con un supremo esfuerzo, consiguió ponerse en pie, notando un repentino dolor lacerante, acompañado de un

estampido seco golpeándole la espalda. Algo espeso y caliente le inundó la boca.

Ya no le costaba trabajo andar... Era ligero... ligero como los copos de algodón cuando soplaba el viento, allá por las plantaciones de su tierra del Mississippi... Empezaba a sentirse cansado...

Siguió hacia la puerta de salida, abriéndola de par en par, sintiendo al mismo tiempo que una nueva onda sonora lo envolvía, empujándole al jardín, La vista comenzó a nublársele... ¡Malditas nubes de algodón!... «Debemos dormir...».

Tropezó con algo que le arañó la cara, notando en su empapado rostro el contacto frío de la hierba. Una sirena penetrante retumbó en sus oídos. A través de la niebla que empañaba sus ojos, vio la forma confusa de varios hombres que avanzaban hacia él.

—¡Benjamín Kane, queda usted detenido en nombre de...!

Parecía la voz de Dudley. «Dudley, ¿dónde estás, maldito bastardo?»... Quiso sonreír, y su risa se diluyó extrañamente en su boca, notándola resbalar de labios para afuera como abundante baba templada y cálida...

Tenía sueño... «¿Y Doris?... ¿Dónde estás, amor mío...? ¡Ayúdame a huir!». Sintió que Doris le empujaba, guiándole entre el viento y los copos de algodón. Otra punzada...

«¡Doris, cariño, tengo sueño... no empujes tan fuerte... me haces daño...!».

—¡Quítenle el arma a esa mujer!

La voz de Dudley era ya algo muy distante... Todos estaban lejos; había conseguido dejarlos atrás en esa ciudad de altas chimeneas... él también era alto, alto y fuerte. «No todas las chimeneas son iguales, Dudley»...

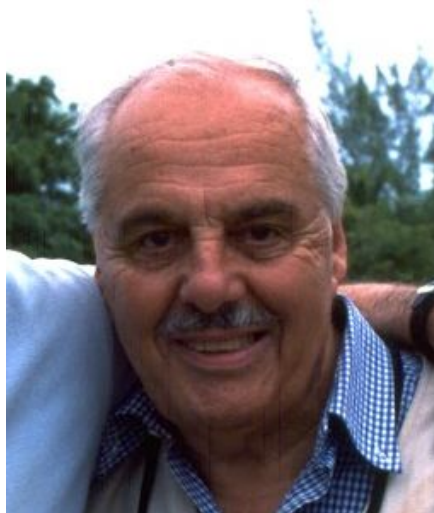
Se había reído de todos... era el más listo... ¡El más inteligente!... «Lástima, Hoaggy, que hayas querido confundirme con los billetes... son buenos... buenos... ¿Me entiendes, Hoaggy? ¡Son auténticos!».

Las altas chimeneas se inclinaron sobre él, hablándole incesantemente para impedir que durmiera...

«Para ese ruido, Doris... tengo sueño... quiero dormir... tengo sueño». Doris hizo callar todo bruscamente. Buena chica Doris.

El ruido cesó de repente, y Ben Kane fue sumergiéndose en un sueño dulce... dulce.

FIN



Charles Mitchell, seudónimo de Carlos Miguel Martínez nació en Madrid en 1925, fallece el 13 de febrero de 2017.

Fotógrafo de profesión (miembro de la Real Sociedad Fotográfica), y aventurero de vocación, durante una etapa de su vida también se dedicó a la escritura de bolsilibros. Un puñado, nueve en total, publicado por Editorial Bruguera, entre la década de los cincuenta y principios de la de los sesenta, y después, por desgracia para los aficionados a la lectura de este tipo de obras, desapareció del panorama.

Era un gran aficionado al noir más visceral, enérgico. Sus novelas son impactantes, directas, con personajes estupendamente descritos. Alguien comentó, y sin exagerar, que podría haber sido publicado al lado de los maestros estadounidenses del género.

Pese a haber abandonado la publicación, en realidad nunca dejó de escribir, y ha dejado a la posteridad algunas obras inéditas. Una de ellas, trata sobre un psicópata francotirador. Un personaje descrito con energía, que encuentra un alma gemela para llevar a cabo su enfermiza labor. Era una historia de intriga, pero también un perturbador retrato de unos personajes arrostrados por la fatalidad y la desesperación.

Notas

[1] *Canto de la Desolación*, de Li-tai-po

(705-765

años después de Jesucristo). El más grande de los poetas vagabundos de la antigua China y el más bebedor. Su único bagaje en el peregrinar por Asia lo constituía una azada, para que una vez muerto, cualquier piadosa mano cavase su fosa. < <

[2] Célebre conjunto coreográfico del teatro «Radio City», de Nueva York, compuesto por treinta y seis bellas muchachas cuya edad oscila entre los dieciocho y veinticinco años. Una «Rockette» sólo actúa tres semanas seguidas, disfrutando después de vacaciones retribuidas. (*N. del T.*). < <

[3] Célebre conjunto coreográfico del teatro «Radio City», de Nueva York, compuesto por treinta y seis bellas muchachas cuya edad oscila entre los dieciocho y veinticinco años. Una «Rockette» sólo actúa tres semanas seguidas, disfrutando después de vacaciones retribuidas. (*N. del T.*). < <

[4] Campana de la Libertad, símbolo de la Independencia Americana. (*N. del T.*). < <

[5] Especie de «perro caliente» (bocadillo). (*N. del T.*). < <